



# DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL CIES

ISSN 2362-2598

N° 08

JULIO - 2017

## Cultura Emotiva e Sentimentos de Medo na Cidade

Mauro Koury

Vida cotidiana, Espacio-temporalidad y Sensibilidades sociales

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

**ESI** ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS  
EDITORIA

**Documentos de Trabajo del CIES**

**ISSN 2362-2598**

**N° 08**

**JULIO - 2017**

**Publicación electrónica Trimestral**

**Director del CIES:**

Adrián Scribano

**Edición y coordinación general:**

Claudia Gandía

**Editor responsable:**

Estudios Sociológicos Editora

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

[editorial@estudiossociologicos.org](mailto:editorial@estudiossociologicos.org) – [www.estudiossociologicos.org](http://www.estudiossociologicos.org)

**Comité Editorial**

Adrián Scribano

Gabriela Vergara

Ana Cervio

Horacio Machado Aráoz

Claudia Gandía

Pedro Lisdero

Los textos publicados en Documentos de Trabajo del CIES son sometidos al referato de evaluadores internos y externos, a quienes agradecemos su participación.

Diseño de tapa: Romina Baldo

## **Documentos de Trabajo del CIES**

Documentos de Trabajo del CIES es una publicación electrónica del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos, donde las y los investigadores del ámbito de las Ciencias Sociales tienen la oportunidad de socializar los avances relativos a sus investigaciones como así también las actividades académicas y científicas en las que participan difundiendo su labor.

Es la intención al generar este espacio que, quienes estamos abocados a la tarea de construir conocimiento científico desde el Sur, nos encontremos en él para escribir acerca de las indagaciones realizadas en el marco de las indagaciones individuales y colectivas vinculados a los campos temáticos propios de las áreas que convocan:

Ambiente y Sociedad, Vida Cotidiana, Espacio-temporalidad y Sensibilidades Sociales, Conflicto y Estructura Social e Innovaciones Metodológicas.

Constituye esta otra oportunidad para dejar constancia del interés -compartido por muchas y muchos-, y del convencimiento que una de nuestras tareas es la de difundir las voces de quienes tienen mucho que decir sobre las realidades sociales, ambientales, cotidianas y sobre los modos de abordarlas científicamente.

En este sentido los objetivos de esta publicación recuperan las intenciones del CIES de dialogar e indagar sobre la sociedad desde caminos interdisciplinarios vinculados a la Teoría Social y a formas de indagación concretas.

Particularmente la creación de este espacio se realiza con el propósito de dar a conocer los proyectos y líneas de trabajo a la comunidad científica, académica e interesados en las temáticas en estudio que se desarrollan en dicho Centro.

## **Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos**

Las múltiples y complejas transformaciones que se están evidenciando en el inicio de la segunda década del siglo XXI en Latinoamérica, el Sur global y el mundo se presentan a todos los científicos sociales como una fuente de desafíos y preguntas. Por ello, el Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Asociación Civil – Leg. 1842624) es un espacio que se propone compartir, dialogar e indagar la sociedad -más allá de la adjetivación desde la sociología- desde caminos interdisciplinarios que giran alrededor de la Teoría Social y las prácticas de indagación concretas.

### **Presentación: Miedos en la ciudad**

Las ciudades, las prácticas sociales y las emociones constituyen una trama densa que fue avizorada por los pensadores modernos durante al menos 3 siglos: desde la Utopía de Tomás Moro, pasando por el falansterio de Charles Fourier se buscó que la felicidad, la igualdad y la satisfacción de necesidades se combinaran para alcanzar una organización social que pudiera concretar los anhelos de bienestar humano y social de las comunidades.

La Sociología del siglo XX aportó una mirada más compleja y relacional en torno al espacio que impacta directamente sobre las formas de pensar las ciudades. Ello, porque consideró al espacio no sólo como un mero reflejo de las formas de organización social, sino además como parte de los modos de apropiación de los agentes y de sus propiedades, que permiten identificar su posición y condición de clase, con lo cual, las ciudades crean y protagonizan las dimensiones de las condiciones materiales de existencia de los agentes sociales (Scribano, 2013; Bourdieu, 1999, 2002).

Ahora bien, transcurridas ya casi las dos primeras décadas del siglo XXI, las ciudades latinoamericanas en particular (y del Sur Global en general) transitan en medio de las tensiones generadas por un capitalismo extractivista de energías sociales/naturales, que mantiene aparatos de represión (públicos y cada vez más privados) y con lugares que activan la acción de dispositivos de regulación de las sensaciones (exacerbando tanto el disfrute en los templos del consumo y la recreación, o el miedo en las zonas de “peligro”).

Son las ciudades pues, los escenarios activos de las transformaciones estructurales, donde los edificios vacíos, cerrados, o las construcciones inconclusas, operan como indicadores de aquello que pudo ser pero no fue. Son el registro constante del paso del tiempo donde dejan sus huellas el Estado, con sus intervenciones en la obra pública, el capital con sus características más industrial, más comercial, más financiero, más consumista, más informal, más cuentapropista.

Las ciudades intermedias<sup>1</sup> o del interior de los países también asisten a transformaciones particulares, donde conviven lógicas de interacción próximas con barreras, fronteras y muros impuestos por la sociosegregación y la fragmentación social.

En este sentido, hemos advertido cómo en la segunda ciudad del interior de la provincia de Córdoba, los habitantes de un barrio sienten a diario la experiencia del autoencierro, la percepción de no salir del barrio, o de sentirse incómodos cuando están en el centro. No tener dónde ir, no salir al “resto” del barrio, estar “tranquilos” en la propia casa, o participar en una comparsa barrial -para los carnavales de

---

<sup>1</sup> Desde hace más de 5 años venimos realizando trabajo de campo en ciudades cercanas a los 100 mil habitantes, como es el caso de Villa María, San Francisco y Rafaela en la Provincia de Córdoba (Argentina). Algunas de las referencias que hacen mención en el párrafo presente fueron tomadas de estas instancias de investigación, algunas ya concluidas, otras en curso.

la ciudad- para tener la posibilidad de conocer una ciudad cercana configuran actualizaciones de los modos en que la sociedad articula y regula las interacciones cara a cara en barrios segregados socioespacialmente desde afuera y, fragmentados o escindidos hacia adentro (Vergara y Fraire, 2017). Por otra parte, hemos identificado “ontologías” y metamorfosis en historias de obreros luego desempleados o de mujeres que migrando del campo a la ciudad encuentran “rebusques” en los bordes más informales y precarios del sector servicios.

Las prácticas, las formas que adquieren las sociabilidades en los espacios urbanos nos invitan a indagar cómo se configuran las emociones que, entramadas en la corporeidad, nos permiten comprender las experiencias de los sujetos.

Si retomamos los análisis de Norbert Elías, podemos considerar que las emociones tuvieron una presencia importante en las transformaciones de las estructuras dado que los cambios en el universo afectivo se correspondieron con cambios en la racionalización de la conciencia. En este proceso se destacan la vergüenza y el desagrado, emociones que se conectan directamente con el miedo.

Para Elías, la vergüenza es un tipo de miedo que se produce en el marco de entramados de interdependencia donde hay vínculos de subordinación y poder, pero además, donde la agresión física está socialmente desaprobada. Por lo tanto, se da en circunstancias en las que “el individuo que teme a la supeditación no puede defenderse de este peligro mediante un ataque físico directo u otra forma de agresión” (Elías, 1993: 499). Es decir, que, la vergüenza se liga estrechamente con otras emociones como el miedo a una sanción posterior y la impotencia de no poder concretar el ataque. Estas tensiones se producen en el “interior” del sujeto y es por ello que resulta poco observable.

Para Elías, el avance de los límites de la vergüenza, se correspondió con una reducción de miedo a recibir agresiones físicas -favorecidas por el creciente monopolio de la violencia que lograron los Estados a través de sus leyes, sus ejércitos, sus controles- pero como contrapartida, con un aumento de los temores internos que acompañan a la primera. El paralelismo entre las grandes transformaciones estructurales y los cambios en la subjetividad que Elías sostiene a lo largo de sus estudios socio-históricos le permite explicar que las distinciones de las instancias de la personalidad propuestas por Freud son resultantes de procesos sociales y no característicos de una inmutable naturaleza humana.

La división social del trabajo que Durkheim identifica en el paso de las sociedades primitivas a las complejas es apenas un aspecto en el marco de las transformaciones civilizatorias que analiza Elías. En él retoma el proceso de creciente racionalización –estudiado por Weber- que se complementa y sostiene a partir de una división de funciones de la ‘economía espiritual’. Las instancias de la personalidad no resultan así de una ontología universal sino que se van configurando paulatinamente en correspondencia

con los cambios de largo plazo. Este aspecto nos permite ver cómo las emociones se conectan intrínsecamente con los modos de estructuración social.

Este entramado de emociones se complementa con el desagrado. Elías lo define como un “disgusto o miedo que surge cuando otra persona quiebra o amenaza con quebrar la escala de prohibiciones de la sociedad representada por el super-yo” (Elías, 1993:503). En el paso a la vida cortesana, mientras se refinan los modales, aparece el disgusto o repugnancia de la violencia física.

Las emociones sufren modificaciones al compás de un proceso de racionalización general, pero también en virtud de nuevas pautas de convivencia transformando prácticas, gestos y emociones. Por lo tanto, la vergüenza y el desagrado en los análisis de Elías, son causados por, y refuerzan los comportamientos socialmente aceptados, por lo cual regulan las relaciones sociales y las tornan previsibles sin la necesidad de apelar al castigo físico o la sanción.

Pero sin ser un proceso unidireccional, la civilización sensu Elías tiene reveses y sus emociones también, siendo la vergüenza incluso una de las que habría sufrido fuertes transformaciones. Conectados a ella, en otro lugar (Vergara, 2013) hemos analizado los miedos configurados desde ciertas condiciones materiales de vida donde abundan la precariedad, la expulsión social y la pobreza. Miedos que se construyen desde una posición y condición de clase particular, en combinación con el género, la edad, que tienen que ver con la vida cotidiana y de manera relacional con las formas en que se reconocen cuando el propio cuerpo desechable genera miedo en los demás.

Ahora bien, este breve repaso por algunos de los aportes de Elías, sirven de preludio para comprender modificaciones profundas que se están dando en la actualidad. Las relaciones entre los procesos de estructuración y subjetividades por un lado, y la configuración de emociones a partir de las transformaciones en las sociabilidades son al menos dos ejes que nos permiten adentrarnos en el presente *Documento de Trabajo* titulado *Cultura Emotiva e Sentimentos de Medo na Cidade*, en el cual el Dr. Mauro Guilherme Pinheiro Koury nos introduce en una de las emociones más complejas en términos sociológicos, como es el miedo. Y, de una manera sutil pero profunda se interna en los meandros y escondites donde el miedo anida en los habitantes de Joao Pessoa. Son miedos que se vuelven prácticas y que se inscriben en lugares particulares de la ciudad, en rostros, en situaciones, en las temporalidades.

En términos teórico/metodológicos, Koury despliega un desarrollo analítico articulando datos cuantitativos del relevamiento realizado, con extensos y densos fragmentos de entrevistas, que dialogan con un marco conceptual pertinente para interpretar procesos en el transcurrir del tiempo.

Así pues, la ciudad es un escenario activo, viviente en la configuración del miedo. Es ese testigo silencioso que habla todo el tiempo del pasado en el presente y que abre incertidumbres hacia el futuro, tanto en lo laboral, como en lo existencial.

El recorrido temporal nos traslada hacia dinámicas urbanas desde los '70 que provocaron deslocalizaciones y modificaciones en la ubicación de las clases sociales, en el marco de negocios inmobiliarios que cambiaron el relieve urbano de casas a edificios. La transformación urbana de la mano de la especulación inmobiliaria, se combina con otros vectores como las clases sociales o las creencias religiosas en la configuración de los miedos.

Este análisis de la ciudad, de carácter contextual le permite a Koury afirmar que Joao Pessoa vive en la ambigüedad entre lo tradicional (vecindad, familiaridad, religiosidad), y lo moderno, que se extiende de manera similar a casi todas las clases sociales, aunque el miedo al castigo de Dios aparezca con mayor presencia en los barrios populares.

Si en términos cuantitativos hay miedos con mayores porcentajes, Koury en su práctica de pesquisador indaga cada uno de los rincones donde los pobladores de la ciudad han manifestado temor. Así pues aparecen conexiones con la religión y la culpa, con el presente y el futuro en relación al trabajo. También se hacen presentes el miedo a la violencia, a que el propio cuerpo sea objeto de abuso, dolor, golpes, el cual convive con el miedo a la vejez, o a la pérdida de vitalidad para el trabajo. Como contrapunto aparece la imagen de un cuerpo joven y sano; la vejez es lo improductivo, lo que tiene límites de acción.

El miedo a la traición responde a patrones de comportamiento y se hace más presente en barrios populares de la ciudad. Traspolando los análisis de Heller, la soledad, la infelicidad y la desesperanza se han hecho presentes en el quiebre de la cultura emotiva local.

Los miedos se corresponden, se imbrican con normas y rituales sociales, que dan cuenta de los lugares en que los sujetos entrevistados se ubican: seres de bien, trabajadores, temerosos de dios, de las leyes, disciplinados.

Koury busca continuidades en los miedos entre y más allá de las clases sociales. Así pues, hay miedos en la clase baja a perder la bolsa familia, pero también hay miedos en la clase media respecto al futuro, a las oportunidades que ofrece la ciudad.

A contramano del análisis de Elías para el proceso civilizatorio de Europa, en el siglo XXI en Joao Pessoa, el miedo a violencia aparece en casi la mitad de los entrevistados, atravesando las categorías de edad, clase, escolaridad. Son miedos a los secuestros, a los asaltos, a la inseguridad. Esto se corresponde con el hecho de que la ciudad ocupa el décimo puesto a nivel país en violencia.

Los testimonios de los habitantes más viejos permiten advertir cambios de lo apacible a la inseguridad, al desconocimiento de los otros. Y la ciudad también delata este miedo generalizado a través de una estética de la seguridad.

El recorrido propuesto por Koury nos interpela al menos desde tres lugares diferentes: i) a qué responden los cambios en la cultura emotiva que viven los habitantes de esta ciudad y qué implicancias

tienen a los fines de pensar en prácticas comunitarias, colectivas, intersticiales; ii) en qué medida gran parte de este paisaje descripto podría corresponderse más o menos de manera similar con otras tantas ciudades latinoamericanas, lo cual nos lleva a interrogarnos acerca de qué políticas de los cuerpos estamos asistiendo; y, iii) qué otras emociones crecen o decrecen al compás de este plexo de miedos que atraviesan cotidianamente a los sujetos.

A decir de Elías, si las emociones y sus expresiones dan cuenta de que la humanidad está naturalmente construida para la vida en sociedad, deberíamos preocuparnos por las formas presentes de sociabilidad que se configuran a partir del avance de los miedos, que nos instalan en la percepción cotidiana del otro como amenaza.

Gabriela Vergara

### Referencias bibliográficas

BOURDIEU, Pierre (1999) *Meditaciones pascalinas*. Barcelona: Anagrama.

\_\_\_\_\_ (2002) Posición y condición de clase. *Revista Colombiana de Sociología*, 119-141.

ELÍAS, Norbert (1993) *El proceso Posición de la civilización*. Buenos Aires: FCE.

SCRIBANO, Adrián (2013) Ciudades coloniales: límites, márgenes. En M. C. (coord), *Circulaciones materiales y simbólicas de América* (págs. 127-146). Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.

VERGARA, Gabriela (2013) Clases de miedos y miedos de clase. En R. Salazar Pérez, & M. Heinrich, *Atrapados por el miedo* (págs. 71-88). Buenos Aires: Elaleph.

VERGARA, G. y FRAIRE, V. (2017) Cuerpos y sensibilidades en la ciudad. Análisis de prácticas de (in)movilidad en/desde un barrio. En M. C. (Coord), *Vida y vivencia en las ciudades de hoy* (págs. 27-64). México: Iisunam.



## Cultura Emotiva e Sentimentos de Medo na Cidade

**Mauro Koury**

**PPGA-UFPB/GREM-GREI/CIES**

Profesor doctor del PPGA-UFPB Programa de Postgrado en Antropología de la Universidad Federal de Paraíba (Brasil). Es coordinador del GREM Grupo de Investigación en Antropología y Sociología de las Emociones; Y el GREI Grupo Interdisciplinario de Estudios en Imagen, de la misma universidad, y miembro participante del CIES Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Argentina).

[maurokoury@gmail.com](mailto:maurokoury@gmail.com)

### **Resumo**

Este documento apresenta e discute os medos narrados pelos moradores da cidade de João Pessoa, capital do Estado da Paraíba, Brasil. Trabalha com duas categorias analíticas construídas a partir de enunciados narrativos êmicos dos entrevistados: o medo como instabilidade do futuro e do desconhecido; e o medo como expressão da violência urbana. Os medos em análise neste documento são medos que afetam o cotidiano dos interlocutores de forma direta ou indireta. Os medos nele evocados focalizam elementos de conotação emocional, moral e de conduta, criando óbices à reprodução simbólica ou à prática situacionais dos arranjos possíveis à movimentação espaço-temporal dos modos de vida e projetos pessoais e institucionais no interior das sociabilidades vividas pelos interlocutores.

### **Palavras-chave:**

Cultura emotiva – Moralidade – Cotidiano - Medos corriqueiros - Cultura do medo - Medos e/na cidade

## Introdução

Este artigo trata dos medos narrados pelos moradores da cidade de João Pessoa, capital do Estado da Paraíba, Brasil. Os medos anunciados neste trabalho são abordados e analisados como temores reais e imaginários, vividos e propagados por uma população, de modo individual ou coletivo. São medos que afetam o cotidiano de forma direta ou indireta, interferem na organização do dia a dia, e criam obstáculos à reprodução simbólica ou prática dos arranjos possíveis à movimentação espaço-temporal dos modos de vida e projetos pessoais e institucionais no interior das sociabilidades em que estão situados.

Este artigo trata dos medos anunciados pelos moradores entrevistados na cidade com recortes em três idas a campo, 2000-2003; 2006-2010 e 2013-2017. Os medos, aqui analisados, estão em conformidade com categorias trabalhadas em artigo anterior (Koury, 2007) e, ao mesmo tempo, se colocam em situação ambígua com relação a eles. Os medos evocados focalizam elementos de conotação moral e de conduta, que não conseguem ser ditos de uma forma direta, mas que condicionam uma prática social específica junto a parcelas da população e contíguo ao sentimento da cidade como um todo no sentido disciplinar ou direcional.

Foi perguntado aos entrevistados, após a solicitação de definição do conceito de medo, se os mesmos *sentiam medo* e *de que sentiam medo*. É sobre estas duas últimas questões que este artigo se debruça. Perguntados sobre se sentem medo, 16% dos entrevistados, isto é, 80 entre 500, responderam que *não* sentiam medo. Os 84% dos entrevistados restantes afirmaram positivamente à pergunta: *sim*, sentiam medo.

Na tabulação e codificação dos dados sobre de que esses 84% dos entrevistados sentiam medo, os 420 entrevistados desse conjunto afirmaram os seus medos da seguinte forma: 48,6%, isto é, 243 entrevistados responderam o medo da violência. Os demais 35,4% arrolaram estes medos como relacionados à instabilidade do futuro, 9,80%; à solidão, 17,60%; aos castigos de Deus, 5,80%; e à deslealdade, 2,20%.

## Sentimento de medo como Traição, Deslealdade, Castigo de Deus, Velhice e Solidão

Esta forma de medo é associada ao receio moral pertinente a um conjunto de padrões ético-religiosos e de conduta social tradicional bastante forte. O conceito de traição é vivido intensamente, como quebra de padrões comportamentais ligados ao âmbito da família, dos amigos e da vizinhança. Embora presente em todos os bairros da cidade, este sentimento se expressa com maior força nos bairros populares da cidade.

A cidade de João Pessoa teve o seu crescimento acelerado a partir dos anos de 1970, associado a uma política de habitação pautada em conjuntos habitacionais para uma população de baixa renda e para a classe média baixa e ajustada a um plano de expansão da cidade, que apontou para a colonização de

espaços considerados ermos do município, e estendeu a cidade para o sul, e pela ocupação da orla marítima (Koury, 2008).

Outra característica que marcou o crescimento da cidade foi o grande fluxo migratório vindo do interior para a capital. Uma parcela da população chegou à cidade em busca de oferta de emprego ou em busca da complementação dos estudos universitários dos filhos, ou outros motivos, a partir do final dos anos de 1970<sup>2</sup>, fazendo a cidade duplicar de tamanho. Muitos desses moradores também se beneficiaram com o *boom* habitacional havido na capital neste período, quando vários bairros foram construídos para abrigar parcelas da população pobre e de classe média local.

A modernização da cidade deslocou várias famílias de renda baixa da cidade, e desalojou parte da população de grandes favelas, deslocando esses moradores para a periferia. Comunidades pesqueiras tradicionais na orla de João Pessoa foram desestruturadas e os pescadores expulsos para longe da praia, ou deslocados para a zona sul que se abria como nova fronteira da cidade. Estimulava, ao mesmo tempo, o deslocamento da população de classe média e média alta para fora do centro da cidade, com o alargamento dos bairros de Manaíra, nos anos de 1980 e Bessa, nos anos de 1990, na região praieira. De forma simultânea, se dava a ampliação das fronteiras da orla marítima da cidade, com a emergência e verticalização do bairro de Intermares, situado no município da região metropolitana de João Pessoa, Cabedelo, a partir dos anos 2000.

Muitos dos bairros originalmente erguidos como conjuntos habitacionais para a classe média baixa e para a classe baixa, entre os anos de 1970 e 1980, nas décadas seguintes vão servir como moradia de classe média, composta por uma classe média flutuante, isto é, de estudantes que moram no interior e em outros estados e países, principalmente os africanos, que estão na capital para complementar os seus estudos universitários ou técnicos, ou por uma classe média em vias de empobrecimento, mista de professores e funcionários universitários, bancários, funcionários públicos e profissionais liberais diversos. Os estudantes, professores e funcionários da Universidade Federal da Paraíba - UFPB beneficiam-se ainda, da proximidade de alguns dos bairros da universidade e do baixo preço do aluguel ou venda ou repasse dos imóveis, em casas ou blocos de apartamentos de três ou quatro andares<sup>3</sup>. E os demais pelo baixo preço do aluguel ou da possibilidade de conseguir um imóvel próprio.

---

<sup>2</sup> Um primeiro surto de migração para a cidade de João Pessoa se deu entre as décadas de 1920 a 1930, quando do ímpeto modernizador da cidade e plano de expansão da mesma, na época (Koury, 1986).

<sup>3</sup> Nos últimos 40 anos, é conveniente lembrar, os bairros mencionados, principalmente os de Jardim Cidade Universitária, Bancários, Mangabeira e Água Fria tornaram-se mais complexos e hoje compõem um centro nervoso comercial e de serviços da cidade, e os bairros estão entre os mais populosos da capital. Apesar de ainda existirem várias repúblicas estudantis, o preço dos imóveis e aluguéis subiram muito, e muitas das repúblicas estudantis têm se deslocado para o bairro de Castelo Branco, próximo da universidade e que ainda abriga uma classe média baixa da capital. Novos bairros como o Geisel e Valentina de Figueiredo, também na extensão sul da capital, hoje se desenvolveram e neles abrigam-se moradores de classe média local, mas também, algumas

Esta expansão recente e o deslocamento da população que morava no centro da cidade para as áreas construídas ao sul da capital, mudaram muito o seu perfil entre os anos de 1970 e 2000. Em 1970 esses bairros eram ocupados por uma população de classe média baixa e pobre, e os de classe média se deslocaram, para as regiões da praia, onde ainda os terrenos eram baratos e onde era possível, através de financiamento estatal, sobretudo federal, construir sua casa.

Nos anos de 1990 a especulação imobiliária tomou conta das áreas da orla, adquirindo os imóveis da classe média e construindo em seu lugar altos edifícios. Os bairros de Cabo Branco e Tambaú, protegidos de construção de edifícios de mais de dois andares, nas três quadras próximas ao mar, também sofreram uma verticalização nas quadras além, com os investidores forçando a compra das casas de moradores<sup>4</sup>. Nos últimos 10 anos, se dá a expansão do bairro do Altiplano, ocupado por edifícios de alto luxo e pela classe média alta da cidade. Bairro cada vez mais verticalizado, com edifícios com mais de cinquenta andares, muitos com um apartamento por andar.

A orla de João Pessoa é considerada uma região nobre da cidade, com investimentos urbanos maciços e com o interesse imobiliário dos grandes investidores. Nessa área, tem havido um aumento progressivo do preço do metro quadrado construído e do aluguel dos imóveis. O que fez com que a população de classe média que a ocupava se transferir para os bairros situados ao sul da capital, hoje considerados bairros de classe média e média baixa, com enclaves de favelas e assentamentos de sem teto ao seu redor ou em seu centro.

O bairro de Mangabeira, construído em sete etapas, tornou-se, como costuma dizer os seus moradores, uma “*cidade na cidade*”. Possui áreas de lazer e compras próprios, um bom sistema de transporte urbano, além de sua proximidade com a universidade e as praias ao sul da capital. Praias que começam a ser exploradas por investidores a partir dos anos de 1990.

A *Via do Sol*, projeto turístico e de especulação imobiliária para as praias da zona sul da cidade modificou profundamente a estrutura urbana da região: de casas de veraneio esporádicas a um verdadeiro nicho de edifícios locais. Crescimento urbano, contudo, sem nenhuma infraestrutura urbana e de saneamento. Muitos moradores de classe média e média baixa se deslocaram de outros cenários da cidade e se estabeleceram permanentemente no local, mudando a sua rotina. Esse crescimento da cidade tem

---

repúblicas estudantis. Não se pode deixar de mencionar aqui, contudo, que esses bairros, apesar dos seus desenvolvimentos específicos e o desenvolvimento da zona sul como um todo, é recortado por inúmeros conglomerados subnormais de extrema pobreza. No caso do bairro do Cristo Redentor, houve nesses anos subsequentes um alargamento da violência local, um crescimento acelerado da pobreza entre os seus habitantes, com o aparecimento da área chamada de Novo Cristo, e com o aumento de gangues ligadas ao tráfico de drogas no local e arredores.

<sup>4</sup> Mesmo, não conseguindo, até o momento, derrubar a retirada da lei que protege a orla nesses bairros.

modificado os costumes locais. Na cidade de João Pessoa tem havido uma transformação profunda de hábitos comunitários até então intensamente pessoalizados (Koury, 2014; Barbosa, 2015).

Muitos lugares de ocupação antiga da capital têm sido tensionados pela mudança acelerada na cidade. Uma comunidade onde todos se conheciam, e onde todos possuíam laços estreitos de camaradagem e parentesco, experimentados até os anos de 1970, de um lado, tem, através da ação da especulação imobiliária e de uma política-moral<sup>5</sup>, desfeito laços e modificado a sua cultura emotiva (Koury, 2016). O resultado tem sido o dismantelamento de vínculos, fragmentação das comunidades e expulsão dos seus moradores para novas periferias da capital. Por outro lado, com uma população vinda mormente do interior, esta tem trazido consigo costumes ainda presentes em várias cidades de estreita e intensa personalidade, e de laços estreitos de vizinhança e compadrio. Muitos desses migrantes vieram impulsionados por parentes já estabelecidos na capital, recriando uma rede parental forte, onde o papel da família tem ainda um peso importante na cultura emotiva remontada, em relação a valores, códigos de moralidade e representações sociais. Este fato acontece, principalmente, nos bairros mais pobres e periféricos e nos núcleos subnormais existentes e estabelecidos por toda a cidade. Contudo, da destruição de laços pessoalísticos não escapa, inclusive, a classe média, cuja rede parental ainda é forte na cidade e, mesmo entre os antigos moradores, onde as redes de vizinhança e de amizade também funcionam de forma potente.

A cidade de João Pessoa vive hoje, uma ambiguidade e uma ambivalência grandes, principalmente na classe média e média alta, que se estende até a classe média baixa, entre uma vida tradicional, onde o peso da vizinhança e de laços familiares e da religião é forte, e uma mudança de costumes radical, para os padrões existentes até os anos de 1970. O que atinge jovens e adultos de até 50 anos criados nesta transição, mais atinados às mudanças do que consideram modernidade e dentro de padrões mais globalizados de lazer e consumo e de formas de vida mais individualizadas.

É isso que reflete a pesquisa. As categorias *Deslealdade*, *Castigos de Deus* e *Velhice e Solidão* formam juntas 25,6% da amostra, isto é, 128 informantes de 500. Os entrevistados estão presentes em todos os bairros pesquisados e em todas as classes sociais, porém, a resposta situada na categoria *Castigos de Deus* tem uma presença de quase 95% vinda de moradores de bairros populares. Os 5% restantes estão situados entre os moradores de classe média. O maior medo desses moradores não reside em nenhuma ameaça terrena, mas, principalmente, no medo dos desígnios do “senhor”, pela não conformação dos indivíduos às suas leis e o alastramento do mal, do demônio entre os homens.

---

<sup>5</sup> A ideia de expansão local das elites tem sido organizada sob a égide do caminhar para uma cidade mais cosmopolita, porém, como se verá adiante, que se estranha a si mesmo.

Uma entrevistada de um bairro popular ao responder a questão sobre do que sente medo, afirmou que:

... o que vem dos homens não mete medo, pois eu tenho Deus como minha guia. Eu tenho mais medo dos castigos Dele, de não está à altura do que ele determinou. Passo o dia a orar a oferecer para Deus todos os meus atos e para que ele proteja a mim e aos meus filhos e amigos, e também a todos os habitantes dessa cidade e desse meu Brasil. Eu acho que se a gente souber se comportar o mal não aparece, pois a gente está sob a proteção do Deus pai. Mas o mundo todo está de cabeça virada, os homens só querem ganância e safadeza e aí o mal pode prosperar e atingir até os filhos do bem; cabe a nós, os tementes, nos agarrarmos mais forte a Deus para não sermos também atingidos e puxados pelo desvario do mundo (Entrevistada de 54 anos, viúva, três filhos, funcionária pública e evangélica).

No depoimento é evidente o conteúdo moral e religioso com que enxerga a si própria, os seus e os outros. Parte do pressuposto de que “o mundo está de cabeça virada” e de que o mal está à solta e pode “prosperar”, atingindo não apenas àqueles que não respeitam as leis divinas, mas a todos, restando aos “tementes” agarrar-se mais forte a Deus para se protegerem e não serem alcançados por sua ira. Este discurso, com nuances, está presente e pode ser considerado como uma síntese dos demais entrevistados que responderam esta questão, relacionando o medo que sentem aos *Castigos divinos*. Uma das nuances presentes neste discurso fala da necessidade de uma ação evangelizadora por parte dos “tementes”, como uma forma de acabar ou diminuir a intensidade do mal. Mal expresso verbalmente na forma do diabo ou como “desatino” dos homens no mundo atual. Esta nuance discursiva foi expressa por 10 dos 29 entrevistados.

Um dos aspectos importante dos depoimentos, fala do mal que se aproxima e se espalha e que precisa ser controlado pela força evangelizadora. Esta variação se dá através de relatos que revelam amigos, parentes, filhos e vizinhos próximos atingidos pelo mal “por se encontrarem fracos e afastados de Deus”. É muito comum nestes depoimentos a afirmação da presença de Deus como força pessoal e coletiva, e a fraqueza que revela o descuido com a religião. Como pode ser visto nos depoimentos a seguir:

Eu sou uma temente a Deus, preocupada com o afastamento dos homens Dele e de suas leis. Eu vejo aqui mesmo onde moro a 30 anos, (...) muito das crianças que cresceram brincando com meus filhos, tão aí mortos pela polícia ou pela droga, ou estão presos ou vivendo em perigo, como também tem muito pai de família que larga tudo pela bebida e pela vida pregressa, ou como muitas

moçinhas, seduzidas pela vida fácil, termina aí *buchudas*<sup>6</sup> ou na vida. Ainda bem que os meus, criados todos por mim e pelo meu esposo, que nunca tivemos vida fácil, mas, sempre temestes a Deus, tão aí casados, trabalhando ou estudando, a menina mais nova está terminando a faculdade de Serviço Social, e todos dignos, trabalhadores, honestos e do bem (...) Sou uma evangelizadora da palavra de Deus, prego a todos, convoco os vizinhos para reunião para discutir os problemas de cada um e dar uma palavra de consolo através da fé e, quem sabe puxá-los para o lado de Deus e, ao mesmo tempo reforças a fé de quem já é crente (Mulher, 46 anos, funcionária pública, casada, evangélica, mãe de três filhos, entrevistada em 2007).

Tenho vários amigos de infância que seguiram caminhos errados, que foram puxados pelo mal e hoje tão aí mortos ou na vida (...) a minha fé e a da minha família não me deixaram esmorecer e hoje estou aí, pobre, mas, digno e trabalhador e lutando pela força do evangelho para diminuir o mal do mundo (Homem, 24 anos, terminou o supletivo do segundo grau, comerciário do centro de João Pessoa, solteiro. Entrevistado em setembro 2006).

Uma segunda nuance coloca os informantes dentro de um delírio que intensifica o medo de sua condição humana de pecador. Muitos entrevistados chegam a afirmar se postar às vezes em eterna vigilância de si próprios para não praticarem o mal. Como no depoimento abaixo:

Vivo o tempo todo com receio de errar, (...) me policiando para não descumprir os desígnios do bem, de Deus, mas isso é muito difícil, o mal está rondando, está próximo de mim, conversa comigo o tempo todo. Vem como uma voz nos meus ouvidos; vem como sonhos ou sentimentos que eu luto para não controlar e às vezes o meu corpo parece tender a ceder ao desatino e eu luto e me debato e grito. Já falei para a minha mãe e ela me levou na Igreja para uma sessão de desmonização, saí de lá aliviado, mas no outro dia eu estava com as vozes de novo, com as visões de novo e eu oro, grito, canto cantos para não ceder (Homem, 35 anos, auxiliar de pedreiro, desempregado, solteiro, mora com a mãe. Entrevistado em 2006).

O depoimento deste auxiliar de pedreiro mostra uma variante com vários depoimentos que colocam os Castigos de Deus em evidência a partir de um imaginário que chega a comprometer a integridade corpórea e mental. As vozes do mal, os desígnios do mal, estão presentes no dia a dia das pessoas, eles não apenas estão no mundo e se alastram, mas estão próximos e invadem a mente e o corpo. Estas vozes

---

<sup>6</sup> Grávidas.

os induzem a fazerem o mal, e chegam até a os levar a atos violentes com os outros ou consigo próprios. Três entrevistados relataram situações semelhantes ao revelarem o seu medo dos Castigos de Deus como uma ameaça presente e corpórea, induzindo-os ao mal e os fazendo “enlouquecer”<sup>7</sup>.

Apenas dois entrevistados que afirmaram sentir medo dos castigos de Deus, entre o conjunto total dos entrevistados, são pertencentes à classe média. Um deles, do sexo masculino, de 76 anos, é morador do bairro de Tambaú, católico praticante, professor universitário e advogado aposentado. Ela afirma o temor a Deus como o seu principal medo. O temor a Deus é sentido através de uma relação com os processos de solidão e velhice e o sentimento de proximidade com a morte. Segundo ele,

Desde que cheguei perto dos 65 anos me reaproximei de Deus, talvez pela minha aposentadoria e por ficar mais perto da minha mulher que tinha uma fé imensa e era frequentadora de missas e da Igreja, talvez porque eu tenha sentido o peso da idade chegando e o medo da morte e da velhice, meus amigos começaram a morrer, lia todo dia nos jornais o falecimento de algum deles, minha vida ficou mais caseira e eu pude pensar mais no meu percurso de vida até então e me descobri crente e grato por viver e com medo de não corresponder à sua bondade. Meus dois filhos moram fora da Paraíba e, desde que a minha mulher faleceu vivo só, apenas esperando à hora de me encontrar com ela no além (...). Passei a rezar e a frequentar a Igreja, a ponderar meus atos para merecer o que se espera de um homem temente (Entrevista concedida em 2006).

A segunda entrevista foi com uma mulher de 57 anos, dona de casa, casada com um médico cardiologista e muito devota da Virgem Maria, e moradora do bairro de Cabo Branco desde “a minha mais tenra infância”. Desde que os seus filhos cresceram e casaram ela tem se dedicado aos trabalhos pastorais de sua paróquia e frequenta a missa “todo santo dia”. Narra que:

Quando meus filhos começaram a ficar adultos e com interesses próprios, entrei em um processo depressivo muito grande, minha vida que ganhou todo sentido através da minha dedicação a eles começou a zerar... Eu comecei a não me sentir importante, em me achar inútil, e entrei em crise pessoal, estraguei até o meu casamento... mas depois passou... me redefini e comecei a me

---

<sup>7</sup> Como explicitou um dos entrevistados, sexo feminino, 29 anos, separada, cinco filhos de três pais diferentes, e lava roupa para fora, moradora do bairro de Mandacaru, entrevistada pelo autor em fevereiro de 2007. Esse discurso delirante, quase esquizofrênico é comum nos relatos de esquizofrenia em textos médicos psiquiátricos, que não interessa aqui aprofundar, principalmente em relatos da insuportabilidade da dor nas classes populares. É também visto na literatura da antropologia médica e da saúde que trabalham com a categoria ‘nervoso’, categoria esta associada ou não aos temores dos castigos de Deus (Ver, por exemplo, Duarte, 1986; Souza e Rabelo, 2001 e Lima et al, 2001).



interessar pelas coisas da minha paróquia e hoje vivo uma vida dedicada a ela, e isso tem sanado um pouco a minha solidão e me tomado o tempo, me evitando pensar na velhice. Tenho me apegado a Deus como uma tábua de salvação e, se isso parece dar sentido a minha vida, por outro lado aumenta o meu medo de viver a minha fé para não cair na solidão mais profunda e estar sendo egoísta em minha fé, enganando a Deus por tentar me iludir, e com isso aumenta a minha culpa e o meu medo dos castigos divinos... (Entrevista concedida em 2005).

Nas duas entrevistas, o medo dos castigos de deus se revela através de uma busca de redefinição pessoal por motivos de aposentadoria, da velhice, dos filhos crescerem, ou da solidão. Nos dois depoimentos a questão é da culpa de não estarem aptos ou de iludirem a fé, que provocam os anseios de não corresponderem a deus. Nos dois depoimentos, não é o mundo que é mal e não existe um dissenso na relação bem e mal, mas, sim, um descompasso entre a condição humana da velhice, a condição social da solidão e a aproximação com a fé, assentando um sentimento de culpa em relação a ela. O que cria uma ambivalência do agir e aumenta o temor de Deus.

As duas entrevistas se diferenciam dos demais depoimentos que afirmaram o sentimento de medo através dos castigos de deus. Os códigos morais que parecem nortear os demais depoimentos alocam uma relação entre o bem e o mal, e a necessidade de combater o mal que se alastra pelo mundo. Os castigos de deus são assimilados através do contágio, ou melhor, dos perigos de contaminação dos tementes a Deus pelo mal. O demônio, o diabo, o capeta, o mal a se espalhar e tomar corpo em um mundo de pecados redobra a necessidade da assistência da fé, da Igreja, como forma e condição de proteção pessoal e dos seus. O que induz aos limites da esquizofrenia, a ideia de um corpo em contato perigoso e intenso com o mal. Corpo que luta com ele mesmo para não fraquejar. Os castigos de Deus agem como uma ameaça permanente que levam os tementes a se reger por códigos sociais e morais da religião e servirem como soldados ou formigas no combate ao mal e na salvação de almas. O conhecimento do mal, - narrado na violência que ceifou vidas de parentes, amigos e vizinhos próximos, ou que os encaminharam para práticas distantes dos ensinamentos divinos, - é contado como forma de diferenciação entre os bons, - os que clamam o sentimento de bondade e fé, - isto é, os próprios narradores, e os outros, isto é, aqueles que vivem no pecado e hoje são vitimados pelo mal.

Diferentes dos dois depoimentos, as demais narrações parecem identificar-se e sujeitar-se a regras e rituais sociais. Sujeição e identificação estas em que formulas rituais explícitas retomam e remontam o agente ao seu contexto social, através da religião e do ato de fé, os reintegrando à sociedade como seres do bem: disciplinados, trabalhadores, tementes a Deus e as leis (Koury, 2003).

Os dois depoimentos enfatizam o sentimento de culpa, em relação ao sentimento de fé. A culpa, segundo Helen Lynd (1961), é um sentimento que envolve atos claros e é sentido como uma questão específica e próxima à superfície da pessoa que as realizou. É uma emoção individualista reiterada e, ao mesmo tempo, que reafirma a pessoa como um núcleo independente e isolado, em sua centralidade. O temor dos castigos divinos é então revelado pela afirmação culpada do self, que tem a sua fé como subproduto da solidão e do medo da morte. Não é o mundo que é mal, mas sim o descompasso que acompanhou um momento de crise e mudança pessoal. Crise e mudança pessoal advindas pela idade, pela solidão, pelo crescimento dos filhos, e que os faz se aproximarem de Deus. Aproximação que se dá através de um novo sentido e os faz representar a busca desta nova significação pessoal por meio da culpa<sup>8</sup>. Daí a culpa, o medo dos castigos divinos, e não saberem até que ponto esta fé não é resultado egoístico de afirmação de si mesmos. O que produz ações ambíguas e aumenta a ambivalência e culpabilidade.

Porém, 88 entrevistados, 17,6%, afirmaram ter medo da solidão e da velhice (Koury, 2014a) e morte, sem ligarem esse medo a nenhum ato de fé religiosa ou divina. O medo de envelhecer é sentido não só pelos idosos, mas por todas as idades, por gênero, bem como por todas as classes sociais. Na pesquisa, a maior parte dos medos do envelhecimento foi narrada por mulheres, na faixa de 25 a 50 anos de idade. E os medos femininos foram sempre relacionados como o medo de perder a vitalidade corporal e a beleza física. Outra parte dos entrevistados, composta de depoimentos masculinos, coloca o medo de envelhecer, também como o medo da perda da vitalidade e, muitos poucos ao medo de perder a beleza física. Este medo de perda da vitalidade está associado, nos homens e mulheres, quase sempre às doenças que a idade traz, mas, também, e, sobretudo, ao mundo do trabalho. O medo de perder o emprego pela idade, ou de não ter conseguido se realizar no trabalho e o tempo da velhice ou de sua proximidade dificultar esta realização. Outro medo presente, principalmente nas narrativas dos homens como medo do envelhecimento, é pertinente à perda da capacidade sexual. Em todas essas afirmações do medo da velhice e do envelhecer se encontra presente, - como um “fantasma assombrado e assombroso”, como disse um entrevistado de 63 anos de idade, professor universitário “perto da aposentadoria”, - a questão da solidão. O problema da solidão é narrado, por homens e mulheres, de qualquer idade ou classe social.

A idéia de um corpo jovem e são, igualmente, parece nortear o imaginário dos medos em contraponto à velhice e à doença. O envelhecer é um ato que se reflete em solidão, doença e morte, em

---

<sup>8</sup> Como já analisado em estudo anterior (Koury, 2003), a classe média brasileira foi à categoria social que mais caminhou na direção de um processo de ambivalência do agir, a partir do final dos anos de 1970 e, se, de um lado, não abandonou os códigos mais pessoalizados de ação, ou mesmo se, em algum momento de crise pessoal ou familiar, reaproximou-se de esferas mais pessoalizadas, como a religião, os fez, por outro lado, sem a credulidade absoluta em Deus, no divino ou nas Igrejas.

enfraquecimento físico e associabilidade, motivados pelo afastamento do trabalho, pelas dificuldades de reinserção no mercado do trabalho ou amoroso, pela perda de ou dos amigos, pelo receio de ficar só. Neste processo, o medo de envelhecer e o receio da solidão aparecem como um dos fatores que identificam a exclusão social, no modo com que o envelhecimento é sentido em João Pessoa, e no Brasil. É um sentimento que circunscreve o velho através de códigos de conduta que os equipara aos improdutivos, aos que possuem limites de ação, aos que têm mais dificuldade de relacionamento, além da decadência física e moral (“perda de autonomia” por “doença”, por “problemas financeiros” e outros) que os levem a “depende” de outros, familiares ou profissionais.

Muitos entrevistados, mulheres e homens, também, afirmaram ter “medo da velhice”, mas colocam o conceito de idoso através do termo politicamente correto de terceira idade. Comparam a velhice a um tipo de liberdade e de refazer a vida através de códigos mais amplos do que o universo que movem os jovens e adultos produtivos. Vêm a si mesmos, nesta idade, contudo, a partir de uma perspectiva de “falência”. Falência entendida por códigos morais irônicos de que já cumpriram com as suas obrigações como pessoas e cidadãos e hoje podem se “dar ao luxo de gozarem suas vidas”, como disse uma entrevistada de 55 anos, aposentada e de filhos já adultos e independentes. De forma ambígua, essa liberdade incorporada nas definições da “boa idade”, identifica os velhos através de um olhar caridoso e cínico. Olhar presente na averiguação cotidiana de expressões de que hoje vivem a “boa vida, “o não fazer nada”, ou nas interpretações dadas aos passeios e festas que muitos avós, pais ou conhecidos se dedicam na *boa* idade, lida como “idade improdutiva” e como “espera da morte”.

Uma parcela diminuta mais significativa de entrevistados, 2,2%, isto é 11 entrevistados, porém, afirmam sentir medo da deslealdade e da traição. Nove dos 11 entrevistados são homens e mulheres de classes média baixa e pobres. Dois são de classe média. Todos se encontram na faixa etária de 15 a 35 anos de idade. A traição amorosa dá o sentido ao medo da deslealdade e traição que alguns dizem temer. Afirmam o que preferiam estar mortos a serem traídos por seus parceiros.

A maior parte dos entrevistados, contudo, advoga o medo da deslealdade como o medo de ser traído em seu segredo, por uma quebra de confiança no outro relacional: parceiros amorosos, amigos, vizinhos ou, ainda, parceiros de trabalho e lazer. Essa quebra de confiança se dá de várias formas, mas, a mais comum delas, diz respeito às normas morais de conduta concebidas no dia a dia de uma relação.

Como nos depoimentos a seguir:

Eu confiava em X (vizinha e ex-amiga) mais do que em mim mesma. Nela eu depositava todos os meus problemas e vitórias, confiava nela. Também me esforçava para garantir a ela sempre um ombro amigo, cheguei mesmo a dar dinheiro a ela quando o marido foi demitido e a família

passou dificuldades. Eu sempre estava lá, com meu marido, mostrando solidariedade e afeto. Ano passado meu marido e eu tivemos certa dificuldade financeira e da relação e me abri com ela, não pedi nada nem ela se mostrou querendo ajudar, mas entendi porque ela é de família pobre como eu e passa mais dificuldades financeiras do que nós, mas não é que depois disso ela passou a me rejeitar, começou a falar mal de mim e do meu marido pela rua, falou mal até na escola, os meus filhos sendo humilhados porque a gente estava sem emprego e ia ter que vender a casa para pagar dívida e viver até se ajeitar (...) Ela se mostrou uma traíra, o que eu tinha confiado a ela, ela fez trombone para todos os lados colocando minha família humilhada. Mas não tem nada não. Meu marido e eu logo arranjamos trabalho, não precisou a gente vender a casa e estamos colocando nossa vida de novo nos prumos (...). Ela vive toda no buraco e eu quero é que afunde mais (...). Perdi a confiança nela e, eu acho hoje, que afora meus filhos e meu marido, já que meus pais tão mortos e não tenho mais ninguém, não confio mais em ninguém. (Mulher, 31 anos, empregada doméstica diarista, moradora do bairro de São José. Entrevista realizada em 2006).

O cara (amigo de trabalho) sempre fez merda, (...) e eu dava um jeito de remendar. Peguei um cargo intermediário de supervisor e, mesmo assim, continuava ajudando a ele, pois sabia que ele se perdesse esse emprego ia ser difícil arranjar outro, pois ele era desleixado demais na coisa do trabalho. Mas ele não se conformou por eu ter pegado o cargo de supervisor e foi fazer a minha caveira com o patrão. Ainda bem que o patrão se informou antes e viu que eu era cabra trabalhador, senão eu tava hoje na rua, desempregado, nessa crise danada que está de arranjar trabalho. Fiquei furo, briguei com ele, (...) me afastei. Não quero mais convivência com esse pessoal desleal... hoje só confio em mim mesmo e em mais ninguém (Sexo masculino, 28 anos, solteiro, operário gráfico. Entrevista realizada em 2007).

Os depoimentos acima enfatizam relações pessoais de amizade e trabalho onde parecia existir uma grande confiança depositada e que terminou por um sentimento de traição ou por um conjunto de fatos entendidos como deslealdade e falsidade. A análise simmeliana do segredo amplia a discussão da traição ou do seu fascínio (Simmel, 1999 e 2002), por meio de uma dinâmica conflitual da possibilidade da lealdade e da deslealdade como fundamentos do agir social. Simmel (2004) discute o sentimento de lealdade como parte de um código de solidariedade forte, sem o qual seria impossível o estreitamento de laços sociais e, demonstra a fragilidade e ambiguidade desse código através do corolário traição. A traição, assim, expõe a possibilidade de revelação de um segredo que cerra uma aliança, quebrando o encantamento que a une e tornando-a, neste movimento de abertura, em destruição dos laços que conectavam esta união. Processo que possibilita o ressentimento e a motivação de vingança, ou, ainda,

um sentimento de impotência pessoal sobre o que fazer. Emana, também, um sentimento de injustiça e de se sentir lesado naquilo que o tornava seguro, a fidelidade do outro, e a confiança nele depositada.

Agnes Heller (1985: 70 a 75) vai identificar o sentimento de confiança com o espírito comunitário existente nas sociedades humanas tradicionais. Sociedades em que os indivíduos se encontravam presos a hierarquias e ao reconhecimento de uma comunidade natural, e onde a liberdade individual não se desenvolveu. Para ela, como também para Simmel, - lendo a história social de perspectivas teóricas diferentes, - o capitalismo e a complexidade das relações sociais nas sociedades industriais e pós-industriais trouxeram como consequência um desenvolvimento e um aumento da liberdade de movimento do indivíduo. O que ajudou o desenvolvimento de noções inteiramente novas como a de subjetividade e a de interioridade, e aos indivíduos escolher as comunidades que gostariam de pertencer, fragmentando o conceito de comunidade natural e o conceito de pertencimento a ela ligado.

Agnes Heller, aproximando-se de uma análise benjaminiana, porém, mais do que Simmel, aponta para o desencanto como uma forma de ampliação da individualidade no capitalismo. Para ela, a individualidade burguesa esgotou-se no século XIX e, nesse esgotamento, a segurança individual transformou-se em desespero, solidão e infelicidade (Heller, 1985: 77). O outro se revela, então, não através de fonte de confiança, mas da traição possível. A fidelidade aparece como um conceito fragmentado e ambivalente, como ansiado e como evitação. O que situa os agentes como indivíduos hesitantes do seu uso, transformando a fidelidade em sonho ou em possibilidade do olhar para trás, em uma visão sentimental, e reler o passado o idealizando como melhor.

É o que parece acontecer nos depoimentos acima. Embora diferente da análise de Heller (1985) que situa esse caminho para a solidão e o medo de confiar no final do século XIX, nos países europeus que vivenciaram a experiência burguesa clássica, no Brasil, isso parece acontecer nos anos de 1970 e, na cidade de João Pessoa, no final da década de 1980. A confiabilidade, destarte, ainda faz parte do discurso pessoense, embora mesclado com um tom ambíguo e saudosista de uma sociedade perdida. De uma sociedade que edificava como fundamento moral idealizado o sentimento de confiança e fidelidade entre os indivíduos a ela pertencentes.

Nos depoimentos fica manifesta uma decepção com aquele em que se depositava confiança e amizade. Evidencia também a quebra de uma cristalização moral e de uma cultura emotiva local que impedia os indivíduos relacionais de enxergar o outro e a si mesmos como expostos em seu segredo, e o sofrimento causado. Fica manifesto a marca da desilusão e o receio de um novo envolvimento. Contudo, nas narrativas, ainda se encontra um espírito de coesão, de uma sociabilidade vivida como troca solidária, mas elas, ao mesmo tempo assinalam para a sua fragmentação e perda. O que parece provocar nos entrevistados receio e temor.

### **Sentimento de Medo como Instabilidade do Futuro e Medo do Desconhecido**

O receio e o temor sobre o presente, quando direcionados ao futuro próximo se ampliam quando são discutidos pelo sentimento de instabilidade e através do medo do desconhecido. Este sentimento foi apontado por 49, 9,8%, dos entrevistados. Estes informantes alegaram várias razões para o sentimento de instabilidade do futuro e para o medo do desconhecido. A maior parte, porém, assegura a “não alocação no mercado de trabalho” como o motivo principal deste seu medo, seguido pela possibilidade de “perder o emprego”. O que remete a problemática anterior de realocação, do medo de não conseguir terminar os estudos, de pais morrerem e ficar sem apoio familiar. Dois ou três casos narrados falam, contudo, da possibilidade de dissolução do casamento e, também, para o problema da solidão.

A questão do mercado, na cidade é uma preocupação que gera medo nos entrevistados, principalmente a partir da crise por que passa o país desde os finais dos anos de 1980. O que remete à dificuldade de alocação de mão de obra pela falta de emprego e de realização profissional fora dos quadros da universidade e das políticas estatais. Esse sentimento se relaciona não apenas às classes trabalhadoras, mas às classes médias e, principalmente, às de profissões liberais e voltadas para a cultura. Entre os depoimentos que se referem ao medo do desconhecido e do amanhã, dois deles são emblemáticos. O primeiro depoimento é de uma mulher de 38 anos, moradora de um bairro popular e viúva com seis filhos. Para ela,

O medo do que vem tem me dominado de uns anos para cá. Foi desde que eu casei e comecei a parir. Os filhos chegaram ano após ano e a situação só fazia piorar. Meu marido e eu viemos do interior para João Pessoa em busca de uma situação melhor, mas o que: tivemos que morar na rua, depois sair de invasão em invasão e agora conseguimos esse cantinho atrás da casa de uma comadre por mil reais e fizemos esse barraco que o senhor está vendo. Meu marido arranjou uma carroça de mão e sai pelas ruas catando papel e latas e plástico e a gente tem vivido disso e dos ganhos que faço como diarista (...). Ano passado meu marido se acidentou grave e terminou falecendo e aí tudo deu para trás de uma vez. O que tem me ajudado um pouco é a bolsa família, que dá pelo menos para pagar o comer dos meninos, mas essa coisa de doação de governo é muito inseguro, qualquer dia podem tirar e não dá para se fiar nisso não. Meus filhos mais velhos estão na escola mas não sabem ler e acho que não vão aprender nunca, o mais velho diz que não vai mais e já ajuda em casa catando lixo na rua. Não sei o que é o amanhã não, eu só vejo as coisas se fecharem, tenho medo do que vai acontecer com meus filhos, e se eu morrer? Para mim jóia e

meus filhos, quem vai cuidar deles, se comigo é difícil achar uma solução o que dirá sem mim. Eu me desespero (Entrevista realizada em 2006).

O segundo testemunho é de um estudante de engenharia, de 25 anos, prestes a concluir o seu curso. Filho de um funcionário público de alta patente e de uma assistente social desempregada. O seu depoimento fala de medo do futuro da seguinte forma:

Eu me considero um cara de sorte frente a muitos outros jovens que eu vejo aqui em João Pessoa e em todo o Brasil que não tiveram ao menos o que comer quanto mais estudar e poder escolher uma profissão. Mas, por outro lado, eu fico me perguntando o tempo todo o que será de mim: não é que eu não tenha planos, quero terminar, fazer mestrado e doutorado e entrar em uma empresa legal, senão construir a minha própria. Mas será possível realizá-los? A engenharia no país está em pandarecos, o que é ser engenheiro hoje, é trabalhar para sobreviver e se tiver sorte na profissão, pois o que acontece é que muitas das vezes o cara tem que sair da sua especialização e da sua profissão para pegar um serviço qualquer e aí não tem mais volta... Devo concluir agora, neste semestre, o meu curso e estou fazendo estágio em uma grande empresa nacional de engenharia, com ramificações internacionais, já me sondaram se houvesse oportunidade eu iria para a África passar dois anos por lá pela empresa, eu disse que ia falar com meus pais e já me dizem que eu titubeei, que era para eu ter dito de bucha que iria e tal, aí eu não sei... E se eu for e morrer por lá, e se eu voltar e me derem um chute, e os meus estudos pós graduados?... todos esses elementos me dão às vezes dor de cabeça e um medo estranho, uma insegurança de eu terminar não conseguindo nada. Veja minha mãe, depois de dez anos em uma empresa de pequeno porte foi demitida e está até agora sem achar trabalho para alocá-la, seja pela dificuldade de emprego em João Pessoa, seja pela idade dela, seja por ela não ter se especializado mais, seja lá por que for... morro de medo! (Depoimento de 2006).

Os dois depoimentos são emblemáticos porque relatam o medo do futuro, a sua instabilidade e o receio do desconhecido, de duas maneiras díspares. O primeiro, fala de um problema comum a todo o Brasil de hoje, que é o fato do não se ter o futuro como horizonte plausível. A instabilidade do presente se choca com a desesperança da possibilidade de sobrevivência imediata. A busca de condições melhores de sobrevivência desloca famílias do interior para a capital, ou mesmo para outras capitais do Brasil, e ao chegarem à situação piora. O desemprego e a falta de emprego tornam a vida um caminhar: em busca de invasões para se abrigarem, ou as alternativas informais de sobrevivência, como: emprego doméstico, catador de lixo e vários outros bicos. No depoimento acima, a grande abundância encontrada na cidade

está fora do seu alcance e de sua família, tendo que sobreviver de suas sobras, no caso, o lixo, ou da organização de casas alheias pelo emprego doméstico. A coleta de lixo e as diárias das faxinas permitiram adquirir uma nesga de terreno na casa de uma comadre e se pensou estabelecido, vindo a seguir a morte do marido e um aumento da miséria. A família sobrevivendo de uma bolsa família, que a própria entrevistada teme “de uma hora para outra ser cortada”, e o drama recolocado ao pensar no que será dos filhos, com ela e, principalmente, sem ela, se por acaso vir a falecer.

O quadro pintado é de cores de desesperança, de medo, de não encontrar conforto e um lugar de pertença. O sentimento é de um estranho, acuado, vivendo de sobras e sem presente, que dirá futuro. O medo é de não ter o amanhã para si e para os filhos, e isso representa angústia para ela.

Caldeira (2003) analisando a questão da segregação e cidadania na cidade de São Paulo, a partir dos anos de 1980, mostra a descrença e a expansão do medo entre os moradores pobres da cidade. Principalmente, por ver seus filhos, amigos e colegas de rua sendo mortos, e em processo acelerado de marginalização através do crime, ou desempregados e sem possibilidade de qualquer progresso individual e social. Muitos desses entrevistados nasceram em São Paulo ou são filhos de imigrantes nordestinos. Esse quadro rebate com a desesperança e no sem futuro dos entrevistados que alegaram a instabilidade do futuro, o medo do amanhã como um prolongamento do sentimento de miserabilidade e segregação do hoje.

Ao se partir para uma comparação com os depoimentos que expressaram o sentir medo dos castigos divinos, vê-se que, embora reforcem a fé como ideologia agregadora e que os permitem recorrer e identificar-se como sujeitos de pertença, o receio se coloca na possibilidade de sucumbir ao mal que os cerca, e este mal está presentificado nos caminhos que levam à “perdição”: drogas, roubo, prostituição, etc. Coloca-se, enfim, em relação aos meios que restam, quando não há mais esperança de emprego, de desenvolvimento de anseios e projetos pessoais. As duas possibilidades se encontram, com pontos de partidas diferenciais. Diferenciais, mas que se entrecruzam no mesmo receio, na mesma impossibilidade de futuro.

Distinta, contudo, da análise contida no segundo depoimento este, de certa forma, resume os anseios de uma classe média pessoense. Neste segundo depoimento fica claro o medo da não realização profissional associada ao medo do desemprego e a ter que seguir caminhos desviados da sua especialidade para sobreviver. É um discurso típico de classe média, principalmente, aquela que escolheu para si ou para seus filhos carreiras técnicas, como, no caso do depoente, a engenharia. Na cidade de João Pessoa, como no Brasil, o campo das engenharias e das profissões técnicas, durante as décadas de 1980 e 1990



encolheu, chegando a quase não mais existirem<sup>9</sup>. O profissional tendo de se colocar no mercado em carreiras paralelas, como analista de sistema, analista financeiro, corretor de imóveis, entre outras tantas possibilidades, tomando a vaga de outros profissionais, ou em aceitar ofertas de emprego fora do país, mesmo que em empresas nacionais, para regiões de conflito, sem a certeza de retornar, ou ao retornar ser demitido.

Outra questão que permeia a análise nesse segundo depoimento é a do medo do desemprego. Ao relacionar o caso de sua mãe, o entrevistado provoca vários outros depoimentos que relacionam à falta de emprego e à dificuldade de realocação no mercado de trabalho na cidade de João Pessoa. Muitos dos entrevistados de classe média ao falarem da instabilidade do futuro associaram a problemática da realização profissional como medo. Também dissertaram sobre a questão específica da dificuldade do exercício profissional, na opção de permanência no estado da Paraíba, ou em João Pessoa. O que, segundo eles, distende o medo do futuro profissional e de realização de projetos individuais ligados à profissão, principalmente entre os mais jovens, como o entrevistado.

No início dos anos de 1980 a cidade de João Pessoa teve um grande movimento cultural e social que abalou as bases referenciais dos seus costumes e hábitos. Esse episódio se deu com a ampliação da UFPB, e com o grande fluxo de mão de obra universitária de todos os estados brasileiros e de outros países ao estado e a cidade de João Pessoa. O crescimento da universidade e o afluxo de mão de obra de todos os cantos do Brasil criaram uma expectativa ambivalente entre os moradores da cidade e na imprensa local. Ambivalência no orgulho de possuir uma universidade respeitável, e no desafeto de a universidade ter alocado uma mão de obra, sobretudo advinda de outros estados da federação e estrangeiros, deixando de lado os valores locais. Um grande movimento xenófobo tomou conta da cidade, levantando bandeiras contra a interferência da universidade em todas as esferas pública da cidade, - desde costumes e hábitos, até a política local, - e solicitando a expulsão dos “estrangeiros”<sup>10</sup>, isto é, todos os não nascidos no estado da Paraíba. Os acusando de perturbar a ordem e os bons costumes da cidade, e de se intrometerem em assuntos indevidos, entre tantos outros aspectos (Lyra, 1981; Koury, 2007a).

A questão da migração para outros centros do país afirma um olhar sobre João Pessoa como uma cidade sem esperança de desenvolvimento profissional. Para um “sujeito ter emprego” ou “tem que ter amigos no poder, ou tem pai já na profissão que escolheu, ou sai da cidade. Ficar é morrer profissionalmente”, disse em entrevista, em 2012, uma nutricionista que se encontrava com viagem marcada para Rondônia para assumir um emprego em Porto Velho, depois de dois anos fazendo bico e

---

<sup>9</sup> Principalmente no período do “Estado Mínimo” proposto e executado na vigência de Fernando Henrique Cardoso na presidência da república do Brasil durante os anos de 1995-2002. E que se retoma de uma forma escandalosa no governo ilegítimo de Michel Temer, após 2016.

<sup>10</sup> Para o conceito de estrangeiro ver Simmel (2005).

sem emprego na cidade. Quem insiste em ficar por amor a cidade, pelo pertencimento, “paga caro por isso: ele é desprezado, é visto como um cara que não quer nada com a vida, como um sujeito que só faz mamar... Se o cara sai e se realiza lá fora, aí esquece tudo e acha o cara isso, aquilo e aquilo outro...”, disse em depoimento ao autor, um produtor cultural da cidade, que se disse tentado várias vezes em ir embora de João Pessoa, mas que sempre termina ficando pelos laços pessoais com amigos, com a família e, sobretudo, com a cidade que diz possuir.

Honorato (1999) fala dessa problemática de amor e ódio para com a cidade, como um reforço de precisar o pertencimento ao lugar, e da impossibilidade da pertença a não ser pela resistência, vista como amor singular acima de tudo, inclusive da própria realização profissional. A cidade é vista como missão, apesar do desamor da cidade para com ela própria e das dificuldades inerentes de realização cultural, artística e profissional local, e pela luta constante de se afirmar no cenário local, regional e nacional a partir de João Pessoa. O ficar como resistência, assim, traz em si uma grande margem de insegurança com o futuro e um pouco de desesperança da afirmação de pertencer a uma cidade “que faz tudo para não me querer...”, como afirmou um médico clínico geral, em entrevista em 2010, vindo de um período de cinco anos no Acre para se estabelecer na cidade, e que se encontrava de malas prontas para o interior do estado de Santa Catarina, por não ter conseguido manter o padrão de vida anterior ao seu retorno a João Pessoa.

A insegurança no futuro e o medo do desconhecido, deste modo, é uma categoria que revela a instabilidade de viver em uma cidade onde as oportunidades de realização profissional são escassas, para a classe média, mesmo que muitos afirmem querer permanecer, ou irem e acabarem voltando para tentarem novamente habitar em João Pessoa. Por outro lado, revela também a impossibilidade do sobreviver cotidiano e o sem futuro do ficar. Expõe e relata o receio de pensar no amanhã e o ver como uma ampliação da segregação e como um espaço que oprime e leva a uma marginalidade os seus filhos. Esse desespero com que se referem ao amanhã descreve o hoje como escasso e amplia o medo de enfrentar o futuro, visualizado como tenebroso, mais fechado, e sem esperança.

### **A categoria violência enquanto expressão do que sente medo**

A expressão *Violência* acompanhou as respostas de 243, 48,6%, dos 500 respondentes. Os que indicaram a violência na cidade como seu principal medo perpassa todas as categorias de idade, escolaridade, sexo, renda e profissão, estando presente em todo o universo pesquisado. Os principais motivos que os levou indicarem a violência como principal medo fala do aumento de sequestros, assaltos à mão armada, seguidos ou não de morte, furtos, insegurança no ir e vir para casa. Bem como à falta de iluminação pública que escurece as ruas após o anoitecer, a permanência de moradores de outros bairros,

principalmente à noite, nos arredores do bairro do morador. Na maioria das vezes esses depoimentos se referem aos bairros da orla e centros de lazer e compra de toda a cidade. Também é comum as queixas dos moradores sobre as casas de espetáculos e de forrós abertas nos últimos anos nos bairros da zona sul, que perturbam pelo barulho e pelo grande número de residentes de outros bairros e cidades vizinhas atraídos pelo evento.

A questão da violência informada pelos moradores de João Pessoa fala também da fragmentação dos laços comunitários que movimentava a cidade até o final dos anos de 1970, e a perda de uma identidade com a cidade. A cidade aparece agora como desconhecida e apavorante, a despeito de a reconhecerem como ainda “boa de morar”, e apesar do índice crescente de violência: a cidade de João Pessoa é tida hoje como a 29ª cidade mais violenta do mundo e a 10ª mais violenta do Brasil<sup>11</sup>. Um depoimento de um senhor de 76 anos de idade, jornalista aposentado e morador de Tambaú “há mais de 70 anos”, revela um pouco o que se vem apontando aqui. Segundo ele,

O bairro de Tambaú era tranquilo, aqui só trafegava pessoas conhecidas. O tempo todo era, oi pra aqui, olá para acolá, os amigos se visitavam, a família toda morava por perto, era uma festa. Até os pobres, que por aqui circulavam, eram conhecidos, havia uma confraternização muito grande (...). Até os anos sessenta era só casa, todas de muros baixos que dava para todo mundo se ver e festejar. Hoje a coisa mudou muito. Eu tenho medo de sair na calçada, não conheço mais ninguém que passa por mim, as pessoas não tem mais educação, trombam em você quase derrubando, cheira-colas estão por toda parte, ali um grupo de prostitutas, acolá um grupo estranho que dizem ser turistas, mas também pode ser de gente daqui mesmo que moram em outros bairros e invadem Tambaú para se divertir (...) as calçadas esburacadas, os muros altos. Olha só o meu, até perto de 2000 resisti e não subi, apesar de minha mulher e meus filhos me acoosarem bastante para isso, terminei cedendo quando assaltaram uma moça que saía daquele prédio ali... O que só piora. O meu ânimo piorou bastante quando subi o muro. Minha rua quando não é prédio é muro alto, aí ficamos todos isolados e mais tensos... mas dizem que isso faz parte da modernidade. (Entrevista concedida em 2005).

O entrevistado fala um pouco das mudanças que o bairro de Tambaú vem sofrendo nestas últimas décadas e como os moradores vêm assimilando tais mudanças. O bairro deixou de ser um lugar tranquilo, onde todos se conhecem e onde, os diversos segmentos sociais se cruzavam e se respeitavam nas suas diferenças, para um lugar onde o desconhecimento do outro é a regra.

---

<sup>11</sup>De acordo com a notícia publicada em 06 de abril de 2017 no [www.g1.globo.com/mundo/noticia/Brasil-tem-19-cidades-em-ranking-de-ong-com-as-50-mais-violentas-do-mundo.ghtml](http://www.g1.globo.com/mundo/noticia/Brasil-tem-19-cidades-em-ranking-de-ong-com-as-50-mais-violentas-do-mundo.ghtml)

Um depoimento parecido a este é dado por uma entrevistada, em 2016. Revela o bairro como um local que já foi apazível e aconchegante até meados dos anos de 1970. Desvenda, porém, o medo crescente de violência que a faz prisioneira de sua casa, cada vez mais protegida por aparatos de segurança eletrônica, na atualidade. Tambaú é um bairro que se tornou paulatinamente, nos anos de 1970 em diante, um bairro muito frequentado pela cidade e um centro de lazer e compra. Este aumento da frequência de pessoas de outras partes da capital se deu tanto por causa da praia, uma das mais frequentadas, quanto pelos bares, restaurantes e boates locais, e pelas galerias e boutiques que atraem moradores dos mais diversos bairros, não só para passear e comprar, mas também para trabalhar.

Esse centro de atração que se tornou Tambaú tem modificado paulatinamente as relações pacíficas de vizinhança e de cordialidade entre os seus moradores, que até pouco tempo pareciam cercar o bairro, segundo um entrevistado em depoimento ano de 2016. O bairro foi se tornando mais agressivo nos contatos entre os seus moradores e transeuntes, o que tem gerado “até a incredulidade” um sentimento de medo nos moradores e “uma vontade de sair daqui”. Associado a uma infraestrutura precária e pelo crescimento desordenado do bairro, “nas ruas três quadras atrás da orla”.

Outro entrevistado, morador de Tambaú há mais de 40 anos, professor universitário aposentado, nascido em São Paulo e vindo em 1978 para João Pessoa como contratado pela UFPB, - entrevistado em 2012, - se recente das calçadas esburacadas que dificultam sua caminhada até a sua rua, bem como do trânsito acelerado que o faz temer toda vez que tem que atravessar a rua em que mora para ir a algum lugar. Ele mora em uma das ruas mais movimentadas do bairro e uma das vias de circulação de veículos principais no sentido Tambaú - Centro da cidade. Lembra em seu depoimento que, quando chegou ao bairro,

Tambaú era ainda um lugar bem tranquilo, a praia logo ali, era uma beleza, hoje já não vejo assim, apesar de muito bonita está se tornando perigosa. Olha só a minha rua, só comércio, as casas que restam viraram também comerciais, quando não viraram prédios, só eu e mais uns poucos permanecemos morando por aqui. A pressão é grande, eu mesmo já tive o muro destruído duas vezes, já jogaram pedra e ovos podres na casa e tudo o mais para ver se eu saio daqui, outros vizinhos, ali e ali olhe (apontando casas) também já me relataram pressões do tipo, como forma de amedrontar a gente e nos fazer ceder a pressão de vender a casa para construir edifícios no lugar. Mas daqui só saio morto. (Entrevistado, morador de Tambaú há mais de 40 anos).

O morador adota o bairro e a cidade como sua, apesar de não ter nascido nela e de ter vindo morar na cidade por motivo de sua contratação para a UFPB. Fala da falta de infraestrutura, em relação às calçadas, e ao trânsito na sua rua. Aponta estes dois problemas como sinônimos de violência. Prossegue

o seu depoimento falando de novas esferas da violência com a urbanização acelerada do bairro e pelo crescimento de prédios ao seu redor; e da transformação do bairro e de sua rua, em comercial. Assinala uma das violências de que diz mais ter medo, mas que luta com toda a sua garra contra ela: a pressão das empreiteiras e imobiliárias para a venda das casas e para construção de novos prédios. Esse tipo de violência, no depoimento, aparece como mais agressiva do que a possibilidade de assaltos, roubos e sequestros que porventura acontecem, “pelo menos no que diz respeito a mim”, afirma. Embora confesse que foi obrigado a subir o muro de sua residência como forma de preservar um pouco a intimidade, já que a sua rua se transformou em um ponto de passagem obrigatório para quem quer pegar ônibus, e um lugar de muita agitação, por causa do comércio local pulsante, ou pelos bares, além do intenso movimento dos carros. Abaliza esses últimos como também uma das causas da violência de que sente medo.

Grande parte dos entrevistados, porém, coloca o medo da agressão física, do roubo, e da possibilidade de ter sua casa invadida ou de ter um ente seu sequestrado, como uma das características fundamentais do medo que sente. Um rapaz de 15 anos, estudante, entrevistado em 2006 pelo autor, narra a sua odisséia de ter três tênis roubados em três meses por adolescentes “que moram no bairro de Padre Zé”, e próximo ao bairro dos Estados onde reside. Afirma que já não vai mais de ônibus para a escola, a mãe ou o pai o leva e o trás, assim como em todas as suas saídas de casa. O que, segundo ele, inibe bastante os seus movimentos. Afirma, inclusive, que esse tipo de roubo é muito comum entre colegas e amigos seus que também tiveram peças de vestimentas e até a bolsa escolar roubadas.

Em conversas informais com o autor, em tempos diversos, 2008, 2012, 2016, o roubo de tênis, de celulares e, mesmo, de camisas consideradas “de marca” foram relatados por jovens moradores dos bairros da orla, como uma cena comum e cotidiana, tendo modificado os hábitos locais. Roubos realizados, segundo eles, por “pessoas de outros bairros da cidade, ou de favelas que se situam fronteiriças aos nossos bairros”.

Uma senhora de 37 anos, moradora de um bairro popular, com quatro filhos, e sem marido ou companheiro, afirma ter medo de sair de casa a qualquer hora do dia por causa de uns

...malandros que moram acolá e formaram uma boca de fumo e de repasse de drogas que é um perigo, além de agora resolverem cobrar um pedágio para quem vai passar por lá para a outra rua! Ontem mesmo teve um deles que foi encontrado morto, com as moscas nas fuças dele, dizem que foi briga de quadrilha, sei lá, pode ser qualquer coisa. Eu sei que morro de medo (...) se eu pudesse pegava as minhas coisas, meus filhos e ia embora daqui pra outro lugar, mas não posso aí o jeito e ficar (...). Tenho medo dos meus filhos, já tenho um de oito anos que peguei um dia ele conversando com um de lá e peguei ele a força e trouxe para casa e depois de muito conversar

ele me disse que ia ganhar uns trocados levando uns pacotinhos para uma pessoas ali na Bica<sup>12</sup>. Morro de medo de os ver envolvidos com gente dessa laia, mas aqui isso é comum e como trabalho fora fica difícil de controlar tudo... mas se si envolverem não foi por falta de aviso (Entrevista em 2006).

Fala também do perigo de envolvimento das suas crianças com o tráfico de drogas local, e diz que conversa muito com os filhos, mas não tem como controlar todo o tempo, já que trabalha fora para sustentá-los. Esta questão do envolvimento dos filhos com o tráfico de drogas, com assaltantes, ou com o mal em geral, é uma questão recorrente em quase todas as entrevistas com pessoas de ambos os sexos dos bairros populares. Questão posta de forma direta, quando afirmam o medo da violência os atingir, ou indiretamente, pelo receio de que os seus filhos possam vir a ser tocados pelo *mal* e não resistirem. Ou, ainda, pela desesperança de um futuro e o medo do que espera o amanhã projetado em seus filhos.

A preocupação em diferenciar o bem do mal, e de colocar os filhos salvos da sedução do mal; o medo de não o conseguirem, como exemplificam vários relatos de famílias vizinhas que tiveram os seus filhos mortos, presos, drogados, na “bandidagem” ou na “malandragem”<sup>13</sup>, pontuam esses depoimentos, além da luta diária para se autoprotegerem sobre a redoma de “ser pobre, porém honesto”. E lutar para que seus filhos não sejam tocados pelo “caminho mais fácil” e sigam os ensinamentos e clamores dos pais. O medo de estupro é também comum nos depoimentos de mulheres, principalmente jovens, que moram tanto em bairros periféricos como nos destinados à classe média. A volta do trabalho ou escola à noite de ônibus, o percurso mal iluminado e com espaços vazios e descampados a percorrer entre a parada de ônibus e suas residências, a obrigatoriedade de passar por locais considerados perigosos, conhecidos como “bocas de fumo” ou ponto de encontro de “marginais”, colocam o temor do estupro e do assalto como um dos aspectos recorrentes do medo da violência.

Outro fator de medo é a polícia. Apesar de aplaudirem ações policiais em áreas conhecidas como violentas, muitos depoimentos de moradores de bairros periféricos descrevem a polícia como também causadora de violência. Muitos testemunhos falam da relação entre cor da pele e ação policial, ou do tipo de vestimenta e ação policial, ou outro tipo de polaridade. Afirmam que um indivíduo ser negro e pobre, ou pobre de qualquer cor de pele, é alvo de ação policial mais agressiva. São normalmente parados em qualquer diligência policial, revistados, solicitados documentos, olhados de maneira suspeitas, quando não presos para uma triagem posterior na cadeia. Sendo, em muitos casos, vítimas de espancamentos até serem liberados. Em um depoimento colhido pelo autor no bairro do Varjão, em 2014, um rapaz afirmou que o que tem mais medo no bairro é o de ser parado pela polícia ao sair ou voltar para o bairro depois

---

<sup>12</sup> A Bica é o nome popular por que é conhecido o Parque Arruda Câmara, que fica fronteiro ao bairro do Roger.

<sup>13</sup> Expressões usadas por vários entrevistados e retiradas da mídia local, em seus jargões jornalístico-policialescos.

do trabalho e escola. Por ser negro e pobre, e morar em um bairro chamado Varjão, - que os moradores querem trocar para Rangel, com esperança de que o histórico de violência pelo qual é conhecido na cidade mude, - ele informa ser sempre parado nas constantes *blitz* policiais no bairro e revistado com agressividade e tratado como quase “um ninguém”<sup>14</sup>.

Em vários outros depoimentos, sintetizados na fala de um homem de 29 anos, morador de um lugar conhecido como *Suvaco do Urubu*, a ostensividade da ação policial “constrange o cidadão e o faz querer se vingar. Se o cara não tiver uma grande força pessoal vai nessa e se *fode* e arrasta também os seus...”<sup>15</sup>. A humilhação, assim, é um dos elementos presentes na relação entre indivíduo e pobreza na sociedade pessoense, e reforçada cotidianamente pelos desmandos policiais no intuito de por em prática a ofensiva civilizadora (Regt, 2017) de segurança e pacificação na cidade. O que reforça o sentimento de exclusão e, o ressentimento e a angústia de não ter canais de expressão.

Durante a pesquisa de campo foi feito um passeio etnográfico por quase todos os bairros da cidade. Nestes passeios se pode notar que, independente de ser um bairro popular ou de classe média ou média alta, todas as residências, quase sem exceção, subiram os seus muros. A média são muros são dois metros, podendo chegar a quatro. Ao passar pelas ruas dos bairros de classe média e média alta, em determinadas horas do dia, por exemplo, o sentimento é de opressão. Apesar de subirem os seus muros, outros bairros, mais populares, se apresentaram ao pesquisador com cenas de interação personalizada entre os moradores. Cenas de intensa interação, principalmente, entre quinze e dezoito horas, horário em que o sol ameniza, e inicia um colocar as cadeiras e acontecer os jogos de dominó e de gamão nas calçadas. Principia o ritual da conversa das vizinhas nos portões abertos; das crianças e rapazes a jogarem bola nas ruas ou em campos improvisados em terrenos baldios; e dos velhos e homens no final de um dia de trabalho, em alguns pontos dos bairros, a “jogar conversa fora” e a “*cerva* do dia”, principalmente, em torno de uma árvore ou um bar ou armazém local. Processos de interação cotidianos que denotam o que Goffman (1967) chama de “rituais de interação” e demonstram um estilo de vida já perdido em outros bairros da cidade mais atingidos pela especulação imobiliária e reduto de classes médias. Nesses casos, apesar de informarem ter subido os muros como forma de proteção, nos bairros mais populares parece muito mais, pelo movimento em torno das casas, da rua e no próprio bairro e pela afetividade nas trocas entre

---

<sup>14</sup>O bairro do Varjão/Rangel foi palco de uma ofensa civilizadora (Regt, 2017) por parte dos empreendedores morais (Becker, 2008) da cidade de João Pessoa, após ser palco de uma chacina entre iguais conhecida na cidade como ‘chacina do Rangel’. Espetacularizada pela mídia local, e conduzida também pelas igrejas e pelos executivos do município e do estado como um alerta da “barbárie em nossas portas”, o bairro passou a sofrer uma forte ação pacificadora com o aumento da força policial na região, chegando, no seu auge a ter as entradas e saídas do bairro fechadas todas as manhãs e ao entardecer, e um efetivo policial revistando todas as pessoas que entravam e saíam do bairro, em um processo de intimidação ostensiva. Ver, sobre o assunto: Koury et al, 2013; Koury, 2014 e 2016; Koury & Barbosa, 2015; e Barbosa, 2015).

<sup>15</sup> Entrevista ao autor em abril de 2004.

vizinhos, que a subida dos muros é mais uma questão de afirmação de status do que propriamente de medo. Isso, principalmente, se si contrasta com os bairros de classe média e média alta da capital.

Nestes, as ruas são vazias, não se encontra qualquer movimento nelas, apenas em algumas horas a entrada e saída de veículos em seus portões automáticos. As pessoas não mais se falam, não trocam experiências, mal se conhecem. O nível de isolamento, desta forma, toma conta das relações sociais entre vizinhos e o medo de serem invadidos dita as regras de uma maior vigilância. Nestes bairros a frequência de casas e prédios com vigilantes ou com adesivos de que pagam uma empresa de vigilância específica tornou-se comum<sup>16</sup>. Um passeio por algumas de suas ruas é uma aventura solitária e, muitas vezes, se si para por alguma razão e se demora um pouco mais do que o devido é abordado sobre se está havendo algum problema e um toque discreto para circular. O outro vem se transformando em ameaça em potencial, sob o imperativo do medo, e a cidade de João Pessoa parece, em alguns bairros, transmudar-se em uma fortaleza. Uma onda de estranhamento, que amplia a cultura do medo na cidade, os espaços de fechamento tomam conta da paisagem e a rua vem sendo retirada das pessoas, fazendo com que nelas se sintam estrangeiros (Simmel, 2005). A experiência de passar por ruas vazias é estranha: janelas e portas fechadas, muros altos, passos rápidos, destinos diretos, e olhares atentos em busca de reconhecimento e movidos pelo receio. A cidade modifica o sentido e o sentimento das ruas: se sua característica experimentada até o final dos anos de 1970 era o de um lugar seguro de encontros possíveis, agora caminha, em um processo ambivalente, segmentado e fragmentado, para um lugar de evitação. Isso nos bairros de classe média e alta, mas, também, começa a tomar forma nos bairros populares da cidade.

## Conclusão

A cidade de João Pessoa hoje é uma cidade em contínua transformação, passando nas últimas décadas de um lugar de reconhecimento, onde todos ainda se conheciam, e onde as referências se davam pelo conhecimento familiar, para uma cidade onde o processo de estranhamento e evitação do outro, o medo do desconhecido, e a insegurança, moldam os seus espaços. Os entrevistados, apesar de reconhecerem as mudanças profundas nos hábitos e costumes cotidianos experimentados pela cidade alegam,

---

<sup>16</sup> É interessante notar que, nos bairros populares e de classe média baixa de João Pessoa, já se vê também empresas de segurança privada em amplo desenvolvimento. A cultura do medo começa a se apossar também dos bairros populares, apesar do movimento nas ruas e presença nas calçadas de senhoras, jovens, crianças e homens estejam também presentes e ativos durante o dia e no final de tardes até altas horas da noite. Os serviços de segurança são prestados através de homens em motos que circulam por ruas e quadras com uma cirene informando a sua presença aos moradores pagantes e aos possíveis malfeitores que por acaso estejam rondando o local. Com o declínio da *turma do apito* a partir de 2010, composto por vigilantes autônomos que se colocavam como seguranças de ruas e quadras, e circulava o local à noite de bicicleta em troca de um pagamento simbólico mensal, hoje, as empresas de segurança abriram um setor para cobrir os bairros populares e vender a ideia da segurança como controle pessoalizado.



comparativamente com outros centros urbanos brasileiros, que João Pessoa é ainda “um bom lugar de morar”. Todavia, como afirmou um entrevistado, professor universitário, em entrevista em 2016, “João Pessoa é uma cidade que já foi considerada pacata, mas que começa a conhecer o medo e a se armar contra ele”. Hoje, a cidade é considerada nas estatísticas de segurança, como uma das mais violentas do país.

A cultura do medo se encontra consolidada em grande parcela da população: 84% da população entrevistada, 420 de 500 informantes, responderam ter algum tipo de medo<sup>17</sup>. Apenas 80, 16%, afirmaram não sentir medo, indicando “serem corajosos”, “ter fé e confiança em Deus”, “ser trabalhador”, “ser do bem”, ou, ainda, de que “não se pode controlar o destino” e o que acontecer já deveria estar traçado não havendo forma de controlar ou evitar. Mesmo os que afirmaram não ter medo, ao se debruçarem sobre a cidade, afirmam a necessidade de melhorar a iluminação pública, de um melhor policiamento e, quase todos, dizem ter levantado os muros de suas casas e sempre possuem uma história ou estória para contar sobre assalto ou assassinato de alguém próximo distante.

As relações sociais individualistas se processam de forma intensa, sobretudo nos bairros de classe média e média alta da capital. As ruas se encontram vazias, os muros altos, cachorros rosnando e latindo, esquema de segurança ativado e cada vez mais moderno e com novos apetrechos, vigilantes em pontos estratégicos de cada rua, ou nas próprias residências, adesivos de empresas de vigilância afixados nos portões, cercas elétricas, guaritas, entre outras parafernalias eletrônicas já fazem parte do cotidiano dos moradores das casas e edifícios residenciais dos bairros de classe média da cidade<sup>18</sup>. Em alguns bairros populares, também, além dos muros altos, cachorros são soltos à noite, que rosnam e pulam por trás dos muros e portões nos transeuntes, assustando os mais desavisados.

O sentimento na cidade é o de fragmentação das relações sociais. Principalmente entre os moradores mais antigos de classe média e média alta que viram os seus bairros ser remodelados e sofrerem

---

<sup>17</sup> Em outros levantamentos realizados pelo GREM em 2014, a margem dos informantes que atestaram ter medo da violência, entre outros, subiu para 90%, e em 2016, para 98% dos entrevistados. Mesmo se, quando perguntados se já foram vítimas de algum tipo direto de violência, os que sofreram caem para 40% em 2014, e 65% em 2016.

<sup>18</sup> Como pode ser visto nas notícias de jornais e blogs locais: “A indústria do medo em João Pessoa: com a falência da segurança pública cresce o investimento em segurança privada nos bairros da capital: cercas elétricas, muros altos, cachorros, portões e cercas elétricas, câmeras de vigilância, entre outros” (Jornal O Norte, domingo, 09 de agosto de 2009); “Aumenta sensação de insegurança na PB”. A notícia relata o aumento dos crimes patrimoniais nas cidades paraibanas de João Pessoa e Campina Grande. Em João Pessoa fala da disseminação do sentimento de insegurança em todos os bairros da cidade: Manaíra, Alto do Mateus, Bancários, Mangabeira, Cristo Redentor, Bancários, Tambaú, Bessa, Miramar, entre outros. Informa que todos os bairros, sem exceção estão investindo em segurança privada como forma de proteção pessoal e patrimonial. (Blog ParaíbaHoje, de 18 de março de 2012, <http://tinyurl.com/lf4slyl>); “Bairros nobres investem mais em segurança privada em João Pessoa: condomínios são os que mais contratam serviço na cidade, dizem empresas. Cercas elétricas e sensores infravermelhos são os mais procurados”. (G1 PB, de 21 de abril de 2015, <http://tinyurl.com/m4orolk>); “João Pessoa registra mais de 350 roubos em seis meses. Bancários, Mangabeira e Bessa são os mais violentos”. (Blog do Helder Moura, de 31 de março de 2016, <http://tinyurl.com/lo47q9k>), entre outras tantas do mesmo tom ou mais dramático.

intervenções que, se melhoraram a infraestrutura e de circulação, também, dificultaram as relações entre vizinhos e as relações de proximidade e de conhecimento que tinham há alguns anos atrás. Mas, também, os moradores de bairros populares, e dos bairros mais antigos, - que entraram em decadência com a expansão da cidade, - também, se ressentem do abandono (caso de Varadouro) (Koury, 2014b) ou com as remodelações recentes (Tambiá) e a falta de investimento e desprezo das “autoridades” (Jaguaribe) que provocaram e ainda continuam a gerar rupturas nas redes de relacionamento locais e de vizinhança. Uma entrevistada descreve o processo de deterioração do seu bairro e do afastamento crescente dos seus moradores:

Eu moro neste bairro deste que cheguei do interior por volta de 1965. Ainda estou aqui por causa da proximidade do Centro e do terminal de passageiros que me leva para todos os cantos que eu quero ir, tanto quanto da rodoviária e da estação ferroviária. É um bairro central, mas em estado de calamidade pública como o senhor pode ver (...). Moro aqui com cinco filhas, três netos, dois genros e um filho. Costuro para viver e as filhas têm lá seus empregos, os genros também e o meu filho é enfermeiro. Meus netos são pequenos e só fazem estudar... Antigamente aqui era uma beleza, tinha muitas amigas, a gente vivia se encontrando, uma fazia uma comidinha aqui, outra no outro dia e era uma festa só. Hoje a coisa está diferente. Só eu e uma comadre que mora naquele beco ali em cima mora por aqui ainda, ela está pensando, inclusive, em se mudar para perto da filha dela lá no Varjão, aí só fico eu.... Foram saindo em levas, umas para o Valentina I, assim que entregaram as casas, outros para outros conjuntos habitacionais, uns morreram, outros voltaram para o interior ou se mudaram para outro estado e eu fui ficando. Aí, agora, convivo com tudo o que não presta, cabarés, homens que não sei de onde vem para beberem e ficarem com as raparigas, durante o dia, esse comércio de oficinas e de carga e descarga e por aí (...). Mas todos me conhecem e me respeitam e aos meus... pelo menos isso... mas sinto falta das amigas, do bairro como era antes. Agora para ver algumas delas tenho que pegar ônibus, chego lá elas estão ocupadas com a vida delas e eu tenho que voltar rápido para fazer minhas atividades e por aí vai... não é mais o mesmo e eu sinto saudade. (Sexo feminino, 60 anos, costureira. Entrevista em 2007)<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Esta senhora faleceu em 2012, e a sua casa hoje se encontra abandonada, como toda a rua onde morava. Local, às noites, de prostituição barata e bares decadentes e quartos improvisados para encontros rápidos. Durante o dia, funcionam serviços de cargas e oficinas de desmonte de peças automobilísticas. Os seus filhos e netos se encontram distribuídos por vários bairros populares da capital, e algumas filhas moram no trabalho, onde labutam como empregadas domésticas, e alugam quartos em vielas de aglomerados subnormais onde passam as suas folgas e, às vezes, se encontram com os seus filhos e, quando possuem, companheiros. O autor ainda tem contato com uma das filhas, cujo companheiro foi morto por um amigo de infância, deixando-a grávida. Hoje em dia ela mora com os pais do antigo companheiro morto, que a ajudam na criação do filho (Koury, 2016a).

O sentimento de perda aparece como um dos abalos mais constantes nos depoimentos dos moradores de João Pessoa e parece conformar a cultura emotiva da cidade. Sentimento contado como de um passado que se foi e que não volta, e visto com o olhar nostálgico de outrora. Provoca uma cultura emotiva, onde o medo estabelece ilações sobre o recente desenvolvimento da cidade, sobre o seu crescimento acelerado nas últimas décadas, e sobre as remodelações na face da cidade em sua totalidade, sobretudo, visualizado a partir dos bairros em que moram, e estranham. Estranhamento que amplia as redes imaginárias de entendimento do outro e de si mesmo, e evoca fantasmas que fragmentam a semelhança e provocam e alimentam o medo como um elo potencialmente exposto e que expõe cada pessoa local, independente de sua origem e lugar, e estabelece uma relação de amor e ódio com a cidade e com os outros próximos distantes.

A constante disseminação de práticas de indiscrição, provocadas pelo aparecimento do outro, neste processo de produção de uma nova cidade, em ondas de remodelações e crescimento, como tem acontecido com João Pessoa nestas últimas décadas, disseminam uma lógica de diferenciação e fragmentação das relações sociais. De forma concomitante, criam um ambiente onde o impuro, no sentido dado por Simmel (2002: 384), aparece e se torna tônica dissonante e insistente no interior das relações sociais. O medo do outro, é visto então, através de sua fragmentação e diferenciação, como impuro, mas dentro de uma lógica de contaminação e perversão irreversível (Elias, 1990 e 1993). É sentido através de um estranhamento que provoca rupturas e estratégias de sobrevivência desiguais e tensas.

É possível perceber modificações de hábitos nas articulações e ajeitamentos sociais: pais, por exemplo, não se sentem seguros em deixar que seus filhos circulem sozinhos, principalmente à noite pela cidade e pelos bairros. O levar e trazer suas crianças e adolescentes, - sobretrabalho comum em vários grandes centros do país, - é uma característica recente em João Pessoa. Alguns depoimentos denotam essa mudança, não apenas de geração, isto é, “como foi no meu tempo” e “como é agora”, mas em relação há tempos próximos, de intervalos entre filhos. Uma senhora entrevistada narrou que os dois primeiros filhos, uma moça e um rapaz, desde o início da adolescência trafegavam de ônibus pela cidade para ir à escola, para a casa dos avós, dos parentes, de amigos, ou ir a cinema e outros locais. Os dois últimos, dois rapazes, não tiveram a mesma sorte.

Hoje, o mais novo está com 16 anos de idade e ainda levo e trago ele para todos os cantos que ele deseja ir e quando o deixo vivo intranquila do que pode acontecer... Não é apenas assalto, roubo essas coisas, mas o que ele está fazendo, com quem está se encontrando... já não me sinto segura a não ser quando eles estão do meu lado... afinal... a gente ouve tantas coisas, vê tantas

coisas nos jornais, na televisão... o mundo se encontra de cabeça para baixo (Entrevista concedida ao autor em junho de 2015. A entrevistada é uma mulher de 60 anos, moradora de Tambauzinho, pequena empresária, casada, mãe de quatro filhos e dois netos).

O medo da violência é um medo imaginário que toma forma em uma cultura do medo, e se reproduz enquanto cultura emotiva e se pensa enquanto tragédia moral. Uma cultura do medo seguida e incorporada pelas e nas informações cotidianas, das relações sociais diretas e indiretas do dia a dia; como também pela mídia: jornais, revistas, rádio, televisão, que exploram a temática de forma intensa e cotidiana. Não é só o se proteger do outro como receio de agressão física, roubo, assalto, sequestro e morte, mas, também, do envolvimento dos seus com estes outros, não identificados ou identificáveis em uma abstração que os faz sem nome e lugar, apenas potencialmente aptos a ameaças. A rua, o sair de casa, destarte, é um constante episódio de receios e práticas de segurança pessoais, e de ameaças para os seus, principalmente os filhos que parecem não saber se proteger fora do ambiente familiar. A rua, os ambientes que não controla, é ambiente, - na narrativa da entrevistada e de outros tantos, - de contaminação, de indiscrição, de impureza, de experimentos que podem levar os filhos ou a quem estiver desavisado à falência moral ou a se perder em experimentos que possam prejudicá-los.

O medo, em João Pessoa, assim, parece construir uma cultura de fechamento ao outro, de olhar o estranho com suspeita, de evitar contatos que não os impessoais e distantes. Um professor universitário, sociólogo, que viveu mais de vinte anos na cidade, afirmou em tom jocoso, haver uma “João Pessoa profunda” de que ele nem nenhum outro “estrangeiro” “jamais teria acesso”. O que parece se apresentar como um sentimento comum a muitos dos entrevistados que não nasceram em João Pessoa, mas que já moram na cidade há muitos anos: o *nós* e *eles* fazem parte do vocabulário das experiências narradas em entrevistas sobre o cotidiano na cidade. Existem, em muitos casos, processos claros de integração ao lugar, mas, na maioria das entrevistas aparece uma ponta de comparação. Os de João Pessoa são vistos como *eles*, as experiências são narradas na terceira pessoa, como indicativo de que existe uma cultura diferente, cujas fronteiras invisíveis são às vezes transpostas, mas, sempre, através dos filhos, que nasceram ou chegaram pequenos à cidade, mas nunca quebradas.

O mesmo se verifica dos nascidos em João Pessoa com os que vieram morar na cidade. Relações cordiais são estabelecidas, em alguns casos, processos de amizade são enlaçados, mas, na maior parte dos casos existe um descompasso entre o *nós* e o *eles*. Como se uma integração total nunca fosse possível, a não ser nas franjas, através dos filhos ou dos iguais, isto é, daqueles que participam de uma comunidade escolhida, no dizer de Agnes Heller (1985), seja uma comunidade de trabalho, ou de algum aspecto em comum de vida cotidiana.

O medo dos turistas também existe em processo acelerado de composição, apesar de a cidade armar-se para recebê-los. Este medo toma forma a partir do tipo principal de turismo explorado e salientado por muitos entrevistados, - o turismo sexual. A partir desta constatação o turista é visto como uma categoria ameaçadora por muitos. Eles são bem vindos, mas tratados com a distância necessária para evitar contágio. Uma das alegações frequentes, portanto, é sobre a orla à noite, tomadas por moças e rapazes pobres em busca do comércio sexual com turistas e estrangeiros. O que ameaça a circulação “de senhoras e seus filhos”, pela simples presença da “exposição de corpos em oferecimento”, como os nomeou um senhor de 72 anos, morador de Tambaú, entrevistado em 2015.

Esses “*corpos em oferecimento*” são identificados como de “estrangeiros” nos depoimentos. São corpos de homens e mulheres jovens que “invadem a orla” ou, em circulação na Avenida Epitácio Pessoa, vindos de outros bairros periféricos ou fronteiriços aos bairros nobres da capital. São “sujeitinhos que invadem” e, ao se alastrarem envolve os próprios bairros e seus habitantes, contaminando e os levando à falência moral, conforme expressou uma senhora, de 53 anos, dona de casa, mulher de advogado e professor universitário, em depoimento em 2014. O contágio atenta para o descontentamento e provoca medo. Alastra uma série de argumentos contrários e de busca de controle social, para “por um freio nesta imoralidade” que se tornou morar em João Pessoa. Imoralidade que expressa não só a exposição de corpos, mas também, a violência e a presença de desconhecidos. Degradação moral sentida, e remetida a todos considerados não moradores ou moradores recentes dos bairros e da cidade. A busca do controle social, através de políticas públicas e policiamento ostensivo, iluminação pública eficiente que inibam a circulação de suspeitos, ou através da proteção das casas, olhares atentos, passagens rápidas, controle maior dos filhos e seus trajetos, levam a um surdo e invisível embate entre moradores da cidade. O que aumenta e acelera ações e práticas que levam a uma ambivalência do sentir e a ampliação da cultura do medo.

Neste artigo se discutiu as percepções de medo e do que sente medo os moradores da cidade de João Pessoa, em um momento de consolidação de processos de mudança comportamental e física na cidade nas últimas décadas. Seguiu-se de perto as narrativas dos entrevistados no embate ambivalente e corriqueiro de estranhamento e de procura da cidade como um lugar “[...] que posso chamar de meu”. Ou o contrário, nas situações limites (Jaspers, 1974) em que parece não mais haver saída e o ódio ao lugar de pertença se coloca maior que o amor ao lugar.

### **Bibliografia**

BARBOSA, R. B. (2015) *Medos corriqueiros e vergonha cotidiana. Um estudo em antropologia das emoções*. Série Cadernos do GREM, n. 8. Recife: Bagaço; João Pessoa: Edições do GREM.

- BECKER, H. S. (2008) *Outsiders: estudos de sociologia do desvio*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- CALDEIRA, T. P. R. (2003) *Cidade de muros: Crime, segregação e cidadania em São Paulo*. 2ª. Edição. São Paulo: Editora 34 / Edusp.
- DUARTE, L. F. D. (1986) *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar / CNPq.
- ELIAS, N. (1993) *O processo civilizador - Vol. II: formação do Estado e civilização*. Rio de Janeiro: Zahar.
- \_\_\_\_\_ (1990). *O processo civilizador - Vol. I: uma história dos costumes*. Rio de Janeiro: Zahar.
- GOFFMAN, Erving (1967) *Interaction Ritual: Essays on Face-to-face Behavior*. New York : Anchor Books.
- HELLER, Agnes (1985) *O cotidiano e a História*. 2ª edição, Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- HONORATO, Rossana (1999). *Se essa cidade fosse minha... A experiência urbana na experiência dos produtores culturais de João Pessoa*. João Pessoa, Ed. Universitária.
- JASPERS, K. (1974) *Die Schuldfrage: Von der politischen Haftung Deutschlands*. München: Pieper, 1974.
- KOURY, M. G. P. (1986) Trabalho e disciplina (Os homens pobres nas cidades do Nordeste: 1889-1920). In: F. F. Hardman et al. *Relações de Trabalho e Relações de Poder*, (p. 134-149) Fortaleza: EdUFC.
- \_\_\_\_\_ (2003) *Sociologia da emoção: O Brasil urbano sob a ótica do luto*. Petrópolis: Vozes.
- \_\_\_\_\_ (2007) *Sofrimento Social. Movimentos sociais na Paraíba através da imprensa, 1964 a 1980*. Série Cadernos do GREM n. 4. João Pessoa: Editora Universitária, Edições do GREM.
- \_\_\_\_\_ (2007a) “A noção de medo na visão dos moradores da cidade de João Pessoa, PB”, RBSE Revista Brasileira de Sociologia da Emoção, v. 6, n.16, p. 58-86. <https://goo.gl/8g2Pz2>. [Consultado em 07.05.2017].
- \_\_\_\_\_ (2008) *De que João Pessoa tem medo? Uma análise em antropologia das emoções*. João Pessoa: Editora Universitária.
- \_\_\_\_\_ (2014) “Solidariedade e conflito nos processos de intensa personalidade”. *Etnográfica*, v. 18, n. 3, p. 521-549”.
- \_\_\_\_\_ (2014a) “Narrativas sobre o Envelhecer”. In: KOURY, M. G. P., *Estilos de vida e individualidade* (p. 131-159). Curitiba: Appris.
- \_\_\_\_\_ (2014b) “Medos, solidariedade e sentimento de pertencimento: os moradores falam de seu bairro”. In: BARRETO, M. C. R. e CARVALHO, G. P. (Orgs.). *Memórias do espaço: identidades e subjetividades* (p. 249 a 274), Mossoró: Edições UERN.
- \_\_\_\_\_ (2016) “Cultura Emotiva e Processo Social: Medos Corriqueiros, Risco e Sociabilidade”. RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção, v. 15, n. 44, p. 22 a 33, agosto de 2016. <https://goo.gl/8g2Pz2>. [Consultado em 07.05.2017].
- KOURY, M. G. P. et al. (2013) “Como se articulam vergonha e quebra de confiança na justificação da ação moral”, *Dilemas: Revista de Estudos de Conflito e Controle Social*, v. 6, n. 2, p 251-268.

- KOURY, M. G. P. e BARBOSA, R. B. (2015) “Pânico, disputas morais e vergonha-desgraça em um bairro periférico da cidade de João Pessoa – PB”. Montevideu: *Anales de XI RAM*.
- KOURY, M. G. P. e BARBOSA, R. B. (2016). “Ação violenta entre amigos. Reflexão etnográfica sobre processos de percepções e justificações morais e emocionais de condutas”. *Anais do 40ª Encontro Anual da ANPOCS*, ST 34. Caxambu, ANPOCS, 2016. <https://goo.gl/WPCkNE>. [Consultado em 07.05.2017].
- LIMA, M. et al. (2001) “Experiência Depressiva, Tristeza-Isolamento e Dussukassi: Signos, Significados e Práticas”. In: Mauro Guilherme Pinheiro Koury e Iara Souza, (Orgs.). *Anais do GT Sociologia da Emoção, X Encontro de Cientistas Sociais do Norte / Nordeste*, Salvador/João Pessoa: GREM.
- LYNS, Helen (1961) *On shame and the search for identity*. New York: Science Editions.
- LYRA, R. P. (1981) “Reacionarismo e xenofobia na Paraíba – o caso da UFPB”. *Escrita/Ensaio*, v. IV, n. 8, p. 51 a 68.
- REGT, A. de (2017) “Ofensiva civilizadora: do conceito sociológico ao apelo moral”. *RBSE Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 16, n.17. [goo.gl/dP10yX](https://goo.gl/dP10yX)
- SIMMEL, G. (1998) “A divisão do Trabalho como Causa da Diferenciação da Cultura Subjetiva e Objetiva”. In: SOUZA, J. e OËLZE, B. (Orgs.). *Simmel e a Modernidade*, (p. 41-77). Brasília: EdUnB.
- \_\_\_\_\_ (1999) “O segredo”. *Política & Trabalho*, n. 15, p. 221-226.
- \_\_\_\_\_ (2002) “A carta: Por uma sociologia do segredo”. *RBSE - Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 1, n. 3, p. 388-392. <https://goo.gl/8g2Pz2>. [Consultado em 07.05.2017].
- \_\_\_\_\_ (2004) *Fidelidade e Gratidão e Outros Textos*. Lisboa: Relógio d’Água.
- \_\_\_\_\_ (2005) “O Estrangeiro”. *RBSE - Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 4, n. 12, p. 350-357. <https://goo.gl/8g2Pz2>. [Consultado em 07.05.2017].
- SOUZA, I. M. e RABELO, M. C. (2001) “Nervoso e Trajetória de Vida: Explorando as relações entre Emoção, Experiência e Temporalidade”. In: KOURY, M. G. P.; SOUZA, I. (Orgs.). *Anais do GT Sociologia da Emoção, X Encontro de Cientistas Sociais do Norte / Nordeste*, Salvador/João Pessoa: GREM.